



CRONICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arca, Sra. Avellaneda, Srs. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arno, Ayala, A'onso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albornoz, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Calvo Asensio (D. Pedro), Campomar, Camús, Canals, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sra. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Espín y Guillen, Estrada, Echevaray, Eguiluz, Escosura, Estralla, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermín Toro, Flores, Figueoia, Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gayangos, Galdete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Martín, Gulló y Renta, Guellbenzu, Guerrero, Incenza, Hartzenbusch, Iriarte, Janer, Jaimesandreu, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Molina (D. Tristan), Morelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Ordás, Ortiz de Pinelo, Olózaga, Palacio, Pasarón y Lasra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poesy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagraminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Se otia Serrano Alcázar, Solís, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ullou, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Recto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 15 de Enero de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Soldado, 1, duplicado

SUMARIO

Advertencia. — Los Estados- Unidos de Colombia, por D. Filemon Buitrago. — El Rey de Córcega Teodoro I el maestro Walker de Pleasenberg y el gran maestro Herinan Salza, por D. Juan Fastenrath. — La República mejicana, por un mejicano. — Una visita á los muertos, (conclusion), por D. Tristán Medina. — Ayacucho, por D. Juan C. Llano. — Folk-Lore. Supersticiones populares, por D. L. Giner Arribas. Libros sobre política y ciencias sociales, por D. Juan Talero. — Cortes de Felipe II. — El Cañazo, (recuerdo de Roma), por D. Nicolás Diaz y Perez. — Elejía á Tasara, por D. Julio Burrell. — Examen de las actas de la Real Academia de Ciencias morales y políticas, por D. Vicente de la Fuente. — Revista de Madrid, por D. Eugenio de Olavarría y Huarte. — Anuncios.

A LOS SUSCRITORES DE «LA AMÉRICA»

Desde hace algun tiempo no giramos contra nuestros suscritores, para evitarles el gran recargo que ocasiona el giro.

Esto nos obliga á hacer esta advertencia para que los que demoraran el pago esperando letra, envíen el importe directamente á nuestras oficinas.

Desde hoy en adelante no se servirá suscripcion alguna que no se pague por adelantado.

ESTADOS-UNIDOS DE COLOMBIA

La prensa diaria de Madrid publica frecuentemente noticias, tomadas de algunos periódicos norte-americanos mal informados, referentes á trastornos del orden público y á alarmas é inseguridades interiores en las diversas repúblicas hispano-americanas. Y se observa siempre la especial circunstancia de que todas las noticias que pueden ser desfavorables para aquellos países, en un sentido ó en otro, adquieren más extensa y rápida publicidad que las que revelan algun adelanto ó algo que los exhiba ante el mundo como agrupaciones cultas que han entrado desde hace mucho tiempo en la corriente de la civilización y de sus modernas conquistas en todos los campos de la actividad humana.

Repetidas veces nos hemos visto obligados á suplicar la rectificación de aseveraciones inexactas, referentes á nuestro país, reproducidas por algunos órganos de la prensa madrileña; sin que esto, por otra parte, nos haya hecho creer que tales reproducciones obedezcan á poco benévolo fines, ya que, despues de todo, la culpa no está sino en la elección de fuentes, y casi todas las que aquí Megan suelen ser dañadas. Lo son á las veces algunos de nuestros mismos periódicos que, cegados por la pasión política, ó mal informados, ó faltos de verdadero patriotismo, se encargan de traer al exterior las noticias de nuestras interiores desavenencias, recargadas con las exageraciones propias del no reposado ardimiento del combate, y abultadas con el natural empeño que todo partidario convencido y batallador pone en desprestigiar la causa de sus contrarios.

En América, como en España y como en todas partes, no es, pues, la prensa diaria, fruto improvisado y candente de la lucha de los partidos, la que puede dar idea del verdadero estado de la sociedad respectiva al extranjero que no conoce en todos sus detalles su marcha política, que no está en sus intimidades y que no lee todos los órganos de la pública opinión para ponerse en aptitud de aplicar su criterio imparcial y sacar ilesa y pura la verdad de entre el vértigo de las pasiones y de los encontrados intereses de los combatientes.

LA AMÉRICA, al prestarse á ser en España el órgano leal de los países hispano-americanos, les hace un evidente servicio, porque pronto se divulgará que á estas páginas deben venir á buscar la verdad, en lo referente á asuntos americanos, todos los que se interesen en la marcha de esa hermosa parte del mundo. Y para nosotros, allí en nuestras Repúblicas, será también ventajoso saber que nos encontramos y nos conocemos en este periódico que nos ofrece

ser heraldo imparcial y honrado de nuestros legítimos intereses, y campo comun en el cual se nos dará á conocer tal y como somos.

La República de Colombia, que por unos momentos se vió amenazada hace poco de un trastorno general, ha tenido la fortuna de conjurarlo, sin que sus conatos alcanzasen á tener consecuencia alguna que alterase la quieta y progresiva marcha de los elementos todos de bienestar que allí se desarrollan y crecen, á impulsos del arraigado convencimiento, que tienen todas las clases sociales, de que se necesita de paz y de trabajo para obtener prosperidad y riqueza.

La obra del canal de Panamá, esa portentosa empresa que el génio inmortal de Lesseps se ha encargado de realizar en territorio colombiano, se prosigue con entusiasmos y con fé. Los ferrocarriles interiores de la República, tales como el de Cúcuta, el de Girardot, el del Cauca, el de Antioquia, etc., que ya prestan importantes servicios al tráfico, prometen estar concluidos en breve plazo, así como una multitud de empresas de carácter público y particular que están llamadas á producir grandes y útiles resultados á la industria, á la agricultura y al comercio. El rio Magdalena, que es la más importante vía fluvial de la República, puesto que la atraviesa de Sur á Norte en una larga extension y ofrece salida á los productos de casi todos los Estados del interior de la Union, se ve incesantemente surcado por vapores, cuyo número han ido aumentando día por día las crecientes necesidades del comercio y del tráfico; y esas playas, ántes desiertas, ricas siempre de una exuberante y poderosa vegetación, fértiles y pintorescas, se ven hoy reanimadas por la población que las invade, que labra su tierra y que convierte sus malezas y sus ignorados bosques en el humo que despierten

los buques al cruzar el majestuoso río y las locomotoras al interrumpir el salvaje silencio de las solitarias selvas.

A este grande incremento de la industria acompaña por otro lado en Colombia el incesante y general movimiento intelectual que por todas partes se hace sentir y que se revela en la prensa, en los claustros de las Universidades y de los Colegios de enseñanza secundaria y profesional, en el inmenso número de escuelas primarias de ambos sexos que están por donde quiera esparcidas, en los Institutos de enseñanzas militares; y, en fin, en donde quiera que las aficiones á la literatura y á la ciencia, ó las exigencias de la política, congregan á la juventud en centros y sociedades diversos, que vienen á ser palenques del talento y gimnasios de la inteligencia. Sobre este y otros puntos que sólo insinuamos en estas ligeras líneas, escritas la víspera de publicarse, nos proponemos preparar datos estadísticos exactos, que sirvan para dar idea de lo que hoy apenas si podemos mencionar sin plan ni orden alguno.

En lo político, Colombia es sin duda la República americana que ofrece más amplio y hermoso campo á los estudios é investigaciones de las gentes versadas en esas materias, por ser el país que primero ha consagrado en sus instituciones, desde hace más de treinta años, muchos de los principios de libertad y de verdadera democracia que aún se están discutiendo hoy, todavía restringidos, en otros países; por donde en lo que se refiere á ciertos principios de administración y de Gobierno, á ciertas amplitudes del derecho de ciudadanía, y á las garantías individuales, la organización política de Colombia es hoy única en el mundo civilizado; dándose el resultado de que en la práctica nos han salido bien allá los avances que hoy aterran y parecen imposibles en otras sociedades, no solo europeas sino también americanas. Sobre este punto, especialmente, nos proponemos escribir en estas páginas con algún detenimiento.

Y viniendo al estado actual de Colombia en lo que á política se refiere, debemos consignar que está asegurada la paz, merced al esfuerzo patriótico del grupo de hombres públicos que han estado á la cabeza del Gobierno en el año que ha terminado, secundados por todos los elementos sanos del país en las altas esferas, y en gran parte también por el elemento militar, que es en Colombia un centinela del orden, subordinado siempre al poder civil, guardian de la ley y agente disciplinado y leal del Gobierno. No faltan, como es natural, caracteres revolucionarios dentro de ese elemento, como los hay también entre los hombres civiles, pero por lo general la conciencia del deber se impone y el respeto á las instituciones prevalece.

El sufragio popular acaba de designar el ciudadano que ha de regir los destinos de Colombia en el próximo periodo constitucional que comienza el 1.º de Abril del corriente año. Dos eran los candidatos: el uno, hombre civil, estadista y jurisconsulto eminente y á la vez uno de los vates más inspirados de la América latina; académico correspondiente de la Española, hombre de letras y hombre de gobierno, cuyo alto prestigio en Colombia, y cuya indiscutible respetabilidad en Sur América, han sido alcanzados en largos años de labor fecunda, y proclamados hace poco, cuando ejerció el mismo puesto de Presidente de la República á que hoy es de nuevo llamado, con honra de su nombre y provecho del país. El otro candidato era un general de la República, que viene desde hace algún tiempo figurando entre los hombres públicos de Colombia y que ha ejercido durante cuatro años consecutivos la presidencia del Estado de Santander, uno de los nueve de la Unión. El general Solon Wilches era el candidato del partido radical y de una parte del independiente, y el señor doctor Rafael Núñez, que ha sido el elegido, lo era de la gran masa del partido independiente y de todo el conservador, que le ha ofrecido sus sufragios confiado en la honradez de miras y en el elevado espíritu de concordia que distinguen al Sr. Núñez, y de que dió ya muestras repetidas en su anterior Gobierno.

El triunfo de la candidatura del Sr. Núñez se debe al convencimiento que en el país se abriga de que su política revestirá un carácter netamente nacional, de aproximación y juntamiento de elementos disgregados que dé por resultado la buena y franca inteligencia entre los Gobiernos seccionales, á fin de que todos de común acuerdo trabajen en el sostenimiento de la paz y en la garantía del libre ejercicio de los derechos que las instituciones reconocen y consagran. Vasto y fecundo es el campo que se abre á los reconocidos y probados talentos del señor Núñez en su nueva administración, y Colombia confía en que él sabrá y podrá corresponder á sus esperanzas, con lo cual dará á su patria días de bienandanza, y á su nombre perdurable aureola de gloria.

La elección del Sr. Núñez, en circunstancias en que él ha estado completamente alejado de la escena política despues de haber dejado el poder, es además prenda segura de la espontaneidad del voto popular que lo ha favorecido sacándolo, puede decirse, de su voluntario alejamiento, para colocarlo á la cabeza de la Administración nacional. Pocos ejemplos se dan en América, y por esto son dignos de notarse, de acontecimientos semejantes.

Colombia sostiene buenas y cordiales relaciones con todos los países del mundo civilizado que la honran con su benevolencia y con su amistad; sin que por el lado de sus relaciones exteriores pueda haber motivo de temer trastornos del orden. Sus cuestiones de límites están todas en vía de arreglo, y la más importante está esperando el fallo de S. M. el rey D. Alfonso XII, á quien ha sido sometida.

En resumen, esa agrupación de cerca de cinco millones de ciudadanos libres, que bajo el nombre de Estados Unidos de Colombia trabaja allá en el corazón de los Andes por conquistar un puesto honroso entre los pueblos civilizados del planeta, va haciéndose conocer favorablemente, va despertando simpatías y atrayendo inmigración, vá desarrollándose, creciendo y progresando sin cesar; y cuando en día no lejano atravesasen por el canal de Panamá todas las embarcaciones del mundo, y ondeen en sus costas los pabellones de todos los pueblos, entonces podrá considerarse como el centro y el emporio del mayor progreso, y verá aseguradas las legítimas esperanzas que abriga de un venturoso porvenir.

FILEMON BUITRAGO.

Madrid, Enero 11 de 1884.

EL REY DE CÓRCEGA TEODORO I

EL MAESTRE WALTER DE PLESSENBERG
Y EL GRAN MAESTRE HERMAN DE SALZA

No quiero amargar el clásico *pavo* á mis amigos españoles (dado caso que le tengan), ofreciéndoles en la Noche-Buena biografías de reformadores, como Zwingli y Calvino; pero en esta Pascua de Navidad, en que se arma mucho ruido y ensordecedor estrépito, con panderetas y zambombas, tambores y rabeles, quizá haya quien me acompañe en una excursión al valle del Ruhr y del Lenne, que aún más que el Rin han conservado una frescura juvenil que ha de encantar á los amantes de la naturaleza. Es tierra conocida de los españoles que estuvieron allí siendo acaudillados por los Mendoza y Spínola, y que en la guerra de los treinta años tuvieron ocupado á Daisburgo. El Rur y el Lenne, esos hijos alegres de las montañas, presentándose á las miradas ya á lo lejos en su traje de plata, se reúnen al pie de las ruinas del castillo de Hohensyburg, para continuar su hermosa peregrinación al Rin. En Hohensyburg vivió hace mil años el esforzado Wilsekind junto con Carlo-Magno, el héroe favorito de las leyendas alemanas, siendo él la encarnación de la resistencia de los sajones contra los francos. Uno de los puntos más pintorescos del valle del Lenne es Altena, que se extiende más de media hora á las orillas del río; y el centro de todo el paisaje, es el arruinado castillo cuya torre corona el monte. Desde Altena se alcanza en el ferro-carril dentro de veinte minutos el pueblo de Werdohl, cerca del cual se vé en una colina la puerta de una casa llamada Pungelsheidt, que ostenta las armas de la familia de Newhof, de que ha salido aquel caballero aventurero que figura en la historia como *Teodoro*, rey de Córcega, y que indudablemente

te era un hombre dotado de cualidades prodigiosas de espíritu y de energía extraordinaria, las cuales sin embargo no pudieron impedir que su epitafio hubiese de decir:

«La tumba, ese gran maestro iguala á los héroes y á los mendigos, á los galeotes y á los reyes. Pero Teodoro experimentó eso ya antes de morir: el destino le colmó de sus pruebas, dándole un reino y negándole el pan.»

Teodoro, en cuya existencia se encuentran los contrastes más vivos, el palacio real y la cárcel de los deudores insolventes, era un hombre á la par fantástico, genial y atrevido, más pertinaz que su fortuna, y el más digno de alabanzas entre todos los aventureros, por haber dedicado su cabeza y su brazo á la libertad de un pueblo valiente y sediento de independencia.

Nació en 1686 en Metz, y fué hijo de un capitán de guardias del bélico obispo de Munster, que habiéndose casado con una doncella plebeya, emigró á Francia para dedicarse allí á la milicia. Estudió Teodoro en el colegio de los jesuitas de Munster y en la Universidad de Colonia, y ya en esta ciudad, de donde hoy sale su biografía, empezó su que se vida parece á una novela; pues un joven conde que se había enamorado lo mismo que él de la hija del profesor, en cuya casa habitaba Teodoro, excitó los celos de éste y fué muerto por él en duelo. Teodoro se vió obligado á huir, y como paje de la duquesa de Orleans se hizo un cortesano cumplido. En París fué teniente, pero atraído por la gloria de Carlos XII, salió para Suecia donde encontró un protector en el baron de Goerz, que le encargó una misión política en España. Allí adquirió el favor del cardenal Alberoni, y despues de la caída de éste, la protección de Ripperda. Entonces estaba el país lleno de aventureros que ambicionaban riquezas, honores y coronas. Teodoro que se había casado con una dama del palacio de la reina de España, perteneció á la misma raza que los Estanislao Leszinski, Mencerikof, Mazeppa y Parkul.

Despues de haber abandonado á su mujer, salió para París intimando con el famoso Law, y despues de derrumbado el sistema de éste, viajó por varios países jugando y contrayendo deudas, hasta que despues de haberlo experimentado, visto, pensado y sufrido todo, apareció en Génova, donde conociendo el valor de los corsos y llamando la atención de los jefes principales de éstos, por lo inagotable de sus combinaciones, por la copia de sus ideas diplomáticas, económicas y políticas, se forjó el sueño de hacerse rey de Córcega, lisonjeando su espíritu varonil el pensamiento de llevar una corona despues de haber recorrido todas las formas en que la fortuna podía aparecerle. Pero antes de realizar su idea, salió para Túnez y fué cautivo. Su génio peregrino y misterioso le libertó, proporcionándole también los recursos necesarios para alcanzar su ilusión, pues cambió la cárcel por el palacio real, y en testimonio de su cautiverio, añadió una cadena á sus armas reales.

El 12 de Marzo de 1736 desembarcó en Alezia (Córcega), en un buque que ostentaba el pabellón inglés, y el 15 de Abril le aclamaron como rey.

La república de Génova, señora de Córcega, lanzó un manifiesto contra él al cual contestó con otro lleno de franqueza y desembarazo alemanes, tomando á broma las frases de los que llamaba un gremio de piratas avarientos. Sin embargo, el reino de Teodoro no era sino una cosa ilusoria, un fantasma, una sombra. Ya el 11 de Noviembre abandonó la isla, despues de haber nombrado en una asamblea pública una regencia. Aunque los corsos no creyeron que volvería su rey, continuaban reconociéndole como su soberano. Mientras Teodoro viajaba otra vez por los países de Europa en busca de nuevos recursos, el rey de Francia se obligó á someter á la república de Génova los rebeldes de Córcega, y en Febrero de 1738 desembarcó en la isla un ejército francés, excitando en cada buen corso una explosión de furor patriótico. Entonces Teodoro tomó tierra otra vez en su reino, desembarcando el 15 de Setiembre con 3 buques cargados de 27 cañones, 3.000 bayonetas y 2.000 lanzas, y ostentando el pabellón holandés. El que poco antes había estado en la cárcel de Amsterdam como deudor insolvente, había persuadido á los holandeses á prestarle navíos, dinero y material de guerra. Pero ¡qué ironía tan singular del destino! no fué rey sino cuando era aventurero; en cambio dejó de serlo cuando llegó con recursos reales. El pueblo lo aclamó, pero los que había nombrado condes y caballeros, se declararon partidarios de Francia. Entonces los holandeses, viendo defraudadas sus esperanzas, lo abando-

naron tambien, y Teodoro lleno de amargura, despidióse de su isla saliendo para Inglaterra. Por tercera vez desembarcó en Enero de 1743 con tres navíos ingleses y bastante material de guerra. Pero viendo ya abandonada su causa por los mismos corsos, se despidió para siempre de su isla querida, siendo un pobre hombre en lucha con las desgarradoras necesidades de la vida. Fué llevado en Londres en 1749 á la cárcel como deudor insolvente, y pasó allí hasta 1755, sirviendo el inglés Walpole de arca salvadora á la esperanza que naufragaba despues de haber dejado Teodoro á sus acreedores todos sus bienes, á saber: el reino de Córcega que fué solemnemente registrado; pero no disfrutó mucho tiempo de la libertad, falleciendo ya el 11 de Diciembre de 1756 en casa de un sastre. Fué enterrado en el cementerio de Santa Ana en Westminster.

No diremos que haya añadido un nuevo lauro á la orgullosa frente de Alemania, pero el descendiente de una familia noble de Westfalia, merece sin duda un puesto entre los valientes de nuestra nacion.

**

Continuando nuestra excursion por el valle del Lenne, encontramos las escasas ruinas del antiguo castillo de Sekivarzenberg, que se veía en una colina cerca de Plassenberg, siendo el castillo desde mediados del siglo XIV patrimonio de la preclara familia de Plassenberg, de la cual salió un héroe de la *Walhalla*, *Walther de Plassenberg*, que lo mismo que el rey Teodoro I de Córcega, se creó un terreno para su actividad lejos de la patria, pero que tuvo una misión histórica muy distinta, tratando de resolver cuestiones reales á las fronteras de la cultura y civilización alemanas como *Keermaister*, (*maestre de ejército*) de la Orden teutónica, aquella Orden fundada en Acre en 1190, y cuyo primer gran maestre era un caballero rhiniano, Enrique Walpot de Bassenkeim, siendo el cuarto gran maestre el esclarecido héroe de la *Walhalla*, *Herman de Salza*.

Exhumaremos con piadoso patriotismo nuestras antiguas celebridades para sacudir las cenizas del olvido, y exhibirlas flamantes á los ojos del mundo como aureola luminosa de la patria.

Walther de Plassenberg estaba adornado de todas las dotes que hacen los grandes hombres; su figura distinguida y la fuerza de su cuerpo eran las menores de sus perfecciones, recomendándole sobre todo su sabiduría y su penetración en los consejos, su presencia de espíritu y su firmeza en las desventuras, un sentimiento de justicia y el cuidado constante de hacer felices á sus súbditos. Maestro en el arte de la guerra, era amante de la paz, pero terrible en los combates. Así como Carlo-Magno, debió aparecer á sus sucesores cual modelo inimitable el que brilló en un tiempo de decadencia de la Orden teutónica, y supo rodear ésta de nueva aureola por sus espléndidas hazañas, fomentar el comercio en su territorio é introducir reformas en la legislación.

Es una lástima que sea tan poco conocida la biografía del gran *Plassenberg*. Se ignoran hasta sus padres. En 1454 fué elegido maestre de la Orden teutónica, debida á la cruzada del emperador Barbaroja y al cerco de Acre, formando en 1190 una nueva Orden los hermanos del hospital alemán, establecido por algunos ciudadanos de Lubeck y Brema, para aliviar la suerte de los alemanes. El maestre tuvo un enemigo peligroso en el czar Ivan Wassiljewitsch, que recordaba las dos victorias brillantísimas que alcanzó el maestre el 7 de Setiembre de 1501 en Maholm, y el 14 de Setiembre de 1502 en la llanura de Pleskow, en cuanto al número de las fuerzas y al valor desplegado por la Orden, las luchas gloriosas de los griegos contra los persas. En Maholm venció *Plassenberg* con 4.000 ginetes á 40.000 rusos, y aún más brillante era la victoria de Pleskow. Ganando estas batallas, trabajó por la civilización, por el honor, por el saber. Respecto á la reforma, tomó el maestre una actitud conciliadora, no declarándose en pró de uno ni de otro partido. Murió *Plassenberg* el 28 de Febrero de 1535 delante del retablo mayor de la iglesia de San Juan en Wanden.

A él le hubiera mirado con orgullo y admiración el gran *Herman de Salza*, primer gran maestre de la Orden teutónica que tuvo la gerarquía de un príncipe del imperio, siendo él una de las figuras más imponentes y sublimes de la segunda mitad de la Edad Media, apreciado á la par del emperador y del papa, y distinguiéndose lo mismo como guerrero y como estadista elocuente.

**

Con *Plassenberg* hemos concluido nuestra excursion

al valle del Lenne, pero no queremos terminar el artículo antes de haber dedicado un recuerdo á *Herman de Salza*.

Sus grandes hechos de armas, y los que supo inspirar, es decir, la extensión de la Orden teutónica y la conquista de la Prusia pagana para ésta, colocan en sus sienes corona de renombre inmortal, en su pecho presea de mérito preferente y en el arca de sus derechos el que ha conquistado legítimamente á la gratitud de todos los alemanes y de todos los cristianos.

Él es el protagonista del drama de Zacarias Werner, titulado *La Cruz en el mar Báltico*.

Hermano del cantor del amor, Hugo de Salza, nació *Herman* cerca del año de 1180 en el castillo de Salza (llamado hoy Langensalza, y que está situado en Turingia). Fué educado en la corte del Landgrave Conrado de Turingia, y más tarde entró en la Orden teutónica que le eligió mariscal, y despues de la muerte del gran maestre Herman Bahtr, acaecida el 12 de Marzo de 1210, gran maestre. Participó desde 1218 á 1219 de la conquista de Damietta, y fué encargado desde 1221 á 1223 por el emperador Federico II de importantes misiones diplomáticas en Italia. En 1223 regresó al Oriente por encargo del emperador y del papa, y en 1224 visitó las cortes de Alemania para exhortar á los príncipes á tomar parte en una nueva cruzada. En 1225 fué elegido árbitro de una contienda entre el papa y el emperador, y en 1226 le rogaron por los embajadores del duque Conrado de Wasovia que mandase algunos caballeros contra la Prusia pagana, que llevando aquel nombre desde el siglo XI, era, respecto á su cultura, inferior á los antiguos germanos. Así el emperador como el papa consintieron aquella empresa grandísima, y en 1230 empezó la sujeción de la Prusia á la Orden y al cristianismo, venciendo el valiente Herman de Balk, á quien Herman de Salza habia conferido la dirección de los asuntos de la Orden en Prusia, sólo con unos pocos caballeros, apoyándose la base de la idea cristiana, á un pueblo que contaba muchos millares de hombres.

En 1228 Herman de Salza tomó parte en la cruzada al lado del emperador, á quien siempre quedaba fiel en sus luchas con el papa, conciliándole en 1230 con éste, así como tambien, aunque sólo por poco tiempo, conciliaba en 1234 al emperador con su hijo rebelde Enrique.

En 1237 reunió en Italia la Orden teutónica con la Orden de los *hermanos de la espada*, fundada en 1199 por el Obispo de Liolandia, Amerto, para extender el reino de la fé y de la iglesia entre los pueblos del Norte, llamándose los caballeros de la Orden hermanos de la caballería de Jesucristo, ó sea hermanos de la espada, porque además de la cruz ostentaban en su manto una espada.

En 1238 estuvo otra vez en Alemania, pero sintiéndose ya enfermo, volvió á Italia y encontró en Salerno la muerte en vez del restablecimiento que buscaba. Falleció el 20 de Marzo de 1239, en el mismo año en que murió tambien Herman Balk, y fué enterrado en Barletto.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 24 de Diciembre de 1883.

LA REPÚBLICA MEXICANA

Así como la Nueva España fué la colonia predilecta y más próspera, así tambien es la que por sucesos históricos de todos conocidos y por su rápido progreso moral y material, ha sido la que despues de su independencia ha llamado más la atención: fué en ella donde se resolvió el gran problema de las instituciones que podían tener los pueblos latino-americanos y de la insuficiencia de la intervención extraña en sus destinos.

De moda se hizo en un tiempo citar la doctrina de Monroe como una amenaza para el latinismo en América, y sin embargo, el presidente Monroe no hizo más que declarar en su famoso Mensaje por todos citado y por muy pocos conocido, que la tierra continental de América estaba poseída por naciones civilizadas, y que era de su deber oponerse á toda tentativa de reconquista.

Esta doctrina bien estudiada y aplicada históricamente, no fué sino la consagración de las nacionalidades que se habian formado con el fraccionamiento del inmenso poder colonial de España. Hay más, la doctrina *Monroe* aplicada

á toda América, se refiere á Cuba Española poseída entonces como ahora por España.

No se equivocó ese estadista ilustre que así protestaba contra las tentativas de la *Santa Alianza*, y honra es de España el haber dejado su sávia generosa y vital en pueblos como la República Mexicana, que en medio siglo de existencia han resuelto tan grandes y tan difíciles problemas, como los que entraña el ejercicio de una indiscutible soberanía política.

Cuando vemos que en el seno de la misma Europa los principios de derecho internacional no son sino pasimónicamente aplicados, cuando se considera que los Estados asiáticos no han merecido el beneficio de que los grandes de la tierra los miren bajo el punto de vista de un derecho internacional uniforme, cuando las grandes potencias de Europa usan en Africa y Asia del criterio romano y tienen un derecho de gentes para unos pueblos, y sólo practican entre sí los principios de ese evangelio de derecho que nació con Grocio entre los horrores de la guerra de treinta años; no puede menos de considerarse que mucho deben valer las nacionalidades americanas, cuando son los únicos pueblos eutraños al continente europeo sobre los cuales se aplican sin discusión por las orgullosas potencias de Europa, los grandes principios del derecho internacional moderno.

Es que en ellos hay una civilización genuinamente europea, es que en ellos la libertad fué con la conquista misma, es que en ellos la igualdad fué el precio de su independencia, es que en ellos se vinculó el espíritu de los tiempos de Isabel la Católica, de los puritanos, ó de los comuneros de Castilla...

Todos esos pueblos han avanzado unos más, otros ménos en la senda del progreso moral. De simples colonias se han elevado al rango de naciones soberanas, sin renegar ni de su origen, ni de su redención cristiana.

El por qué, está explicado en dos palabras, lo mismo en los Estados-Unidos de fundación sajona, como en México de abolengo castellano: porque la libertad individual moraliza socialmente.

Ménos de medio siglo han bastado tras de continuadas revueltas, más fructíferas al progreso humano que la paz de Varsovia, para que la República Mexicana adoptase definitivamente la forma federal que le permitía conservar en una unidad política sus hijos dispersos en varios climas y en extenso territorio; de separar las Iglesias del Estado, consagrando como indiscutible, no ya solo la libertad, sino la independencia absoluta é ilegible de la conciencia humana, de fundar todos los poderes públicos en la voluntad del pueblo; de individualizar la propiedad desamortizando los bienes del clero y negando la capacidad civil á las corporaciones, coodificando el derecho público y simplificando el derecho civil; haciendo la instrucción gratuita por el Estado y declarándola libre, y estableciendo el jurado en materias criminales.

Estos principios estaban ya conquistados cuando la agresión europea quiso imponer allí un imperio. Un consejo de guerra aplicando una ley sobre piratería, puso fin á esa loca tentativa... de entonces acá lo descuidado antes tomó incremento el progreso material.

Las cifras son en esta materia más elocuentes. De cinco seminarios que habia en 1880, han resultado 27 Seminarios católicos despues de la separación de la Iglesia y el Estado; en muchos Estados de la federación la instrucción, además de ser enteramente gratuita, ha sido declarada obligatoria; más de 12.000 escuelas primarias, sostenidas por el Gobierno federal, más las que sostienen los municipios, ladi-versas comunidades religiosas y los particulares, demuestran cuán grande es la esperanza que se dibuja en el porvenir de México. La instrucción secundaria y oficial es gratuita en absoluto, y no hay un solo Estado de Europa en el que pueda registrarse otro tanto. En materia de instrucción pública, los nombres de derechos de matrículas, de monopolio y privilegio, los ha olvidado ya la actual generación mexicana.

Bajo otro punto de vista: el de las vías de

comunicacion, se ha venido á realizar el sueño del gran monografista de la antigua Nueva-España, Humboldt. Este sábio ilustre habia indicado como el mejor medio de desarrollo de aquel país que encierra todos los climas y todos los productos de la tierra, la comunicacion entre las zonas de más de 2.000 metros sobre el mar con las costas, y el ensanche de todos los medios de transporte.

Hoy México en menos de doce años ha construido más de 4.653 kilómetros de vía férrea, de los cuales en el año pasado de 1883 fueron construidos unos 1.080 kilómetros. Hace cuarenta años no existia un solo hilo telegráfico y hoy la República mexicana tiene una red telegráfica total de 28.122 kilómetros.

Hace diez años no tenia México marina de guerra, hoy posee seis cañoneras y 421 navios mercantes, 847 embarcaciones para el comercio de cabotaje, y además una línea trasatlántica mexicana entre Europa y sus puertos del Golfo.

Hay más todavía; cuando se escogió el istmo de Panamá para abrir un canal de comunicacion interoceánica, el pueblo mexicano, que tenia derecho para esperar que su istmo de Tehuantepec fuese aprovechado, no se dió por vencido, y además de un ferro-carril construido por el Gobierno, y que pasa á través de un país sano y rico, se construye ahora algo de audáz y que recuerda las magnificencias babilónicas y asirias, un ferro-carril para transportar por el istmo los buques del Pacífico al Atlántico, y esta obra gigantesca estará concluida muy antes que el Canal de Mr. Lesseps.

La unificacion de la deuda pública, bajo la garantía del Estado, contra la cual pueden haber protestado personalidades más ó menos interesadas, es un adelanto moral en las finanzas mexicanas, porque por primera vez y de una manera positiva, el país emprende seriamente la amortizacion de su enorme deuda.

Si se considera que la República mexicana con cerca de dos millones de kilómetros cuadrados de extension territorial, y con poco más de diez millones de habitantes y con una densidad de poblacion de cinco habitantes por kilómetro cuadrado, ha podido llegar á tan grande desarrollo, no puede menos de causar asombro lo que se realizará cuando transcurridos más años de paz y creciendo la emigracion, ese vasto territorio siga sirviendo de refugio á los desheredados de Europa.

Allí tienen los españoles que emigran un vasto campo que explotar; sávia española es la que corre por las venas del gran pueblo mexicano, sávia española ha venido vivificando esas comarcas desde Hernán-Cortés hasta nuestros días, y patriótico es para los hijos de la Península, cuando se ven obligados á la lucha de la vida en el destierro, ir á trabajar allí donde se les brinda la prosperidad en la copa de la tradicion, por el engrandecimiento de su propia raza, de su lengua, del comercio y de la influencia de su patria, al mismo tiempo que por el propio bienestar y la futura suerte.

UNA VISITA Á LOS MUERTOS

(Conclusion)

Dos personas habia en el cementerio, cuando entramos mi baron de Sicklemore y yo detrás de él. Una de aquellas personas plantaba un rosal en la tierra escogida que rodeaba la tumba de mi hermano. La otra contemplaba con religiosa veneracion á la primera, ofreciéndose inútilmente para ayudarla. Era esta última un africano, diré más bien un hombre de nuestra civilizacion, oriundo del *Africa Portentosa* que decian los antiguos, no hijo de una raza no por civilizar, sino resto de una civilizacion remotísima. Era esbelto, gallardo y como una sombra de los antiguos titanes. Una mirada de sus ojos me reconcilió con la triste oscuridad de su rostro, como una estrella solitaria hasta á consolarnos de la negrura del cielo en la noche cerrada. Era ya de avanzada edad, pero sin que el declinar de su vida ni las ignominias de su raza le hubieran doblegado. La apostura noble y erecta de su cuerpo, marcaba la direccion constante de su espíritu elevado. Su pelo, aunque rizado apretadamente como el de todos sus hermanos, que parece compuesto de resortes en espiral, sin

uso, era muy blanco, acaso más que los hermosos dientes de aquella boca, siempre entreabierta por sonrisas tristes y humildosas. Así, pues, lo que de aquel robusto cuerpo se acercaba más al cielo, semejaba una corona con que el cielo protestaba contra el eterno luto de la piel, que la naturaleza habia dado al infeliz por vestimenta ó disfraz. Sólo á un hombre de aquel vigor, de aquella mirada vigilante, de aquella actitud modesta, devota como la de un fiel ante una imagen bendita, podian confiar un padre y una madre la custodia del sér querido que llenaba de vida el cementerio.

Ya habrás adivinado quién era este sér, y si no, la reconocerás en la sorpresa inefable que le causó mi presencia, en las preguntas que me dirigí en la mirada con que alejó á Sicklemore, en el ademán con que suplicó á su rodrigón sumiso que delegase en mí las órdenes que respecto á ella tenia de su señor; para venir luego á posar su izquierda en mi hombro, y como á pacificar con su derecha los acelerados latidos de mi corazón.

—¡Felipe!

—¡Felicitas!

—¿Somos de véras nosotros?... ¿Vivimos?... ¿Por qué has hecho pues grabar tu nombre en el sepulcro de Filemon tu hermano?

—Porque quiero estar muerto desde hoy para el mundo entero, para cuanto del mundo amé, y vivir tan sólo para quien fué alma, vida y muerte de mi hermano. Fuimos gemelos él y yo en el seno de una madre santa; quisiera que tambien lo fuesen su alma y la mía en el corazón de un serafín, ya que no lo hemos sido en el abismo insondable. O si tu amor es otro mar, Felicitas consiente que me sumerja en él, en tí, por tí y para siempre.

Seguimos dialogando más, en esta forma, mucho más, viviendo cien vidas en una conversacion dulce de vivir, difícil de recordar por un moribundo.

—Dios no quiere que Felipe y Filemon sean gemelos de la tumba. No, no será una misma la de los dos,—dijo ella como si todo lo que pronosticaba dependiera de una promesa suya.

—¿Por qué dices eso?

—He leído en los periódicos que lamentan con más visos de sinceridad tu muerte, que tus amigos fieles te preparan una sepultura fastuosa en cierto cementerio de Madrid. Espero que esos amigos, perfectamente engañados hasta ahora, tarden en dar á este sepulcro de Santander el nombre que le corresponde.

Y seguimos hablando sin poder separarnos, y ya esta vez nuestra conversacion no volvió á tropezar con sepuleros ni pensamientos de muerte.

Salimos del lugar fúnebre seguidos del inglés que se sonreía, fingiendo no ocuparse de nosotros, y del negro que parecia compadecernos; pero ambos indulgentes, contemplándonos á hurtadillas y protegiéndonos con su compañía, como familiares, como acostumbrados por ya una vida de diez años á vernos así tan unidos, tan desposados, tan confiados en ellos, tan predestinados á un abrazo de eterno amor.

No necesitas oírme el final de mi dolorosa historia, ni quieras que lo relate. Hartos esfuerzos me ha costado lo que he podido decirte, y te decia esperando de un momento á otro ser interrumpido por la muerte que me tengo preparada. ¿Crearás que llegamos á casarnos? Todo se preparó pronto y con facilidad para ello, en una série de días que fueron fiestas domésticas sin interrupcion, que ningun otro nóvicio ha conocido. Su padre me amó con profunda estimacion, su madre me amó como á un hijo, los amigos de ambos desearon con ahínco que se adelantara el día de la boda de Felicitas Galeaza con Felipe Argandena, apellido que adopté por entonces aconsejado por sir Amyas. ¡Pero qué quieres! Mis amores habian de ser tan singulares y atormentados como toda mi vida anterior. Amé con la misma locura con que el alemán Enrique de Kleitz queria amar y ser amado por Catalina de Hilborne. Quise con el mismo ardor que Felicitas me amara sin consentimiento de nadie, y por la sola determinacion de su voluntad libre, por un acto interminable de rebeldía, por una locura que la hiciera romper todos los vínculos que la ligaban con la sociedad y la esclavizaban á las conveniencias de su clase, posponiendo á mi cariño todo otro afecto y todo respeto humano, y toda moral sancionada. Preparé una fuga, y la robé á su padre, á su madre, á su rango, á sus amigos, á los alegres festejos de una boda universalmente aprobada, á las bendiciones del altar que ya nos estaba esperando con sus antorchas encendidas; la robé á su pasado y á su porvenir y á su destino, así como en mis cavilaciones comprendí que la habia robado á mi hermano muerto. Escapamos á sitio recóndito, ignorado de todos los que nos conocian. Hasta á mi fiel Sickle ordené que lo ig-

norara. Sea ignorado tambien de todos aquellos á quienes por acaso lleguen algunas noticias del suceso. Sólo César, que así se llamaba el etiope, pasó nuestro Rubicon en seguimiento nuestro, y aunque contrariando nuestro capricho en varias ocasiones, más dispuesto que nunca á protejernos y custodiarnos de algun modo con aquella misma brutal y ciega fidelidad con que en su tiempo de esclavitud forzada, se resignó á sobrellevar su oprobio. Fui feliz por espacio de dos años, como no es posible que otro lo sea ni por un minuto. Fui tan feliz, que dudé que aquello fuese la felicidad. Parecióme demasiado intensa y prolongada, para que fuese lo que los hombres persiguen más, é inútilmente persiguen en nuestro bajo mundo. Pero aquí todo sol tiene su Poniente, unos en la misma hora del medio día, otros más tarde. A la primera nube de tristeza que sombreó la frente de mi bien amada, los celos anegaron mi alma en diluvio de amarguras. La creí arrepenida de todo lo que habia hecho, arrastrada por mi frenética pasion. Y tuve celos de su pasado, celos de la sombra de mi hermano, celos del padre recordado, celos de la madre llorada, celos de los amigos nombrados en vagas alusiones, celos de las oraciones que con mas constancia leía en su devocionario empapado en lágrimas y sudor de fiebre. Y deseando sentir más celos, otros celos que la hiriesen á ella tanto como á mí, tan depresivos de su dignidad y de su virtud, como imperiosos para mi amor. Fingí tener celos del etiope. ¡Peligrosa temeridad! En mi estado estos fingimientos tardan poco en convertirse en ponzoñosa persuasion. Tuve celos del etiope que se habia hecho esclavo mio, para ser únicamente cómplice de mi felicidad. ¡Qué mal hice! A qué terribles extremos conduce el amor, cuando temeroso de perder su fuerza primitiva, pretende avivarla recurriendo á los ímpetus y llamaradas del odio. Una noche, despues de una escena de frenesí de amor, me atreví á ofender á Felicitas gritándole:—¡Tú le amas!—¿A quién?—preguntó aterrada.—¿A ese, al César de bronce que ha entrado aquí á burlarse de mi fortuna, y acaba de salir sonriendo!

Aun no habia terminado mi acusacion calumniosa, cuando la ví caer al suelo presa de un paroxismo que parecia acusarme con verdad de haber intentado un asesinato.

Huí del salón y me encerré en mi cuarto, y me revolqué en el suelo mordiéndome las manos y pedí en vano otro dolor, otro paroxismo al cielo ó al infierno. Aquel día era el segundo aniversario de la muerte de Filemon.

A la mañana siguiente me dirigí con paso acelerado al aposento de Felicitas, resuelto á pedirle perdon; la llamé con timidez desde la puerta. La puerta estaba cerrada con llave. Empecé á golpearla y sacudirla con furia, y la llave, que en mi ceguedad no habia notado que estaba en la cerradura al alcance de mi mano, cayó golpeándose el pié. Abrí con dificultad, que sólo dependia de mi aturdimiento. Entré en la habitacion solitaria, dirigí una mirada al lecho cuyos pabellones estaban descorridos. Ella no habia pasado allí la noche. Pero en la mullida almohada habia una carta para mí. Rasgué el sobre y leí esta sentencia de la mujer que ya no habia de volver á oír en esta vida.

«Adios y no desesperes. Esto es sólo un adios hasta mañana, hasta el mañana de los que se alejan de la noche de esta vida. Me separo de tí por muy pocos días, pero acompañada de César de este amante que tus dudas, tus celos, tus calumnias me han supuesto. ¡Ingrato! Ojalá quisiera él divorciarse de su fidelidad antigua y nuevo Otelo hacer de mí una Desdémona mal juzgada por haberte amado á tí prefiriéndote al amor de mis padres y á espensas del honor de mi familia.»

VII

Felipe terminó su relato sin lágrimas. Ya las habia agotado su corazón.

—Yo me atreví á preguntarle si seguia creyendo que habia calumniado á Felicitas.

—Sí; la calumnié y calumnié al infeliz esclavo voluntario. ¿No has oído que vino aquí una noche del último Agosto, á visitar mi sepulcro? Vino á orar por mí, á despedirse de algo mio antes de entrar en un convento. Es innegable que un monasterio me la ha arrebatado. Yo la habia oído hablar con pasion de este proyecto acariciado por ella en su adolescencia. Y tambien he tenido celos del Dios que ella adoraba.

—¿Y por qué Cesar apelaría al suicidio?

—Por lo que apelan á esa muerte muchas almas heroicas y rígidas. Cesar habia cedido á un amor casi paternal, siguiendo á Felicitas y á su amante para protejernos, para obedecerla á ella en todo. Cumplido esto, pensó que habia faltado con serenos fiel á la fidelidad jurada y gratitud debida á Simon Galeaza su señor; y se dió con su propia mano el castigo que en su conciencia creía haber merecido.

Cuando acabó de decir las últimas palabras, sacó Felipe por la centésima vez el retrato de Felicitas y se lo llevó a los labios. Aquel beso fué prolongadísimo, pero no tardó en comprender que era un beso de muerte, que era para absorber el veneno que contenía un tubo de oro en forma de serpiente, embebido en el marco afelpado.

—¿Qué haces amigo mío?

—Desde que perdí a Felicitas decidí matarme lentamente: matarme por hastío de la vida, ya sin mi vida y alma; lentamente, para castigarme a mi propio con los dolores insostenibles de un tósigo tomado a intervalos en dosis que no acaban de matar... Ya puedes llamar, amigo. En matarme y trazar su retrato de memoria durante las treguas de mi agonía, he querido emplear el resto de vida que me dejó la pérdida de Felicitas... Ya puedes llamar... ¿Pero por qué... cómo no estoy ya muerto?

Arrodillóse en la grada en que había permanecido sentado más largo tiempo y se apoyó de codos en el borde del sepulcro, en la misma actitud tranquila y de espera del que se asoma a un balcón para ver algo que va a pasar por la calle y apoya el pecho en el pasamanos. Estaba, a pesar de esto completamente desfigurado, y aseguro que sus cabellos blanqueaban y se caían de minuto en minuto. Jamás he asistido a un espectáculo más aterrador, a la descomposición de un cadáver con vida. Ni he podido averiguar jamás que clase de veneno era aquel que mi amigo se había procurado para morir tan originalmente como había vivido. Era una agonía, una muerte en dudas. ¿Estaba con verdad muriéndose, o solo estaba entrando de lleno en la dolencia incurable de la locura?

Nicodemus y José de Arrimateas se acercaron con las palancas, las pasaron por entre las argollas de la losa y solicitaron mi ayuda con burlesca cortesía.

No sin muchos esfuerzos de los tres, descubrimos el interior del sepulcro. Pero mayor hube de hacerle para no caer desplomado cuando en aquel interior sombrío se ofreció a la vista de todos el cuerpo de una mujer aún no desfigurada por la muerte.

—¡La mujer de la noche de Agosto! exclamó Arrimateas.

—¡El ángel que venía con el diablo negro! exclamó con igual espanto Nicodemus Piccolomini.

Yo no pude exhalar ni un suspiro.

Felipe tampoco dijo una palabra; pero permaneció apoyado en el borde del sepulcro, con los ojos de fuego clavados en el cuerpo inerte envuelto en blancos ropajes de desposada. Era indudable que aquella mujer se había dado muerte con un tósigo semejante al de Felipe, o acaso con el mismo de este su amante tan fiel y decididamente amado... Los efectos que la prodigiosa bebida habían producido en ella, habían como cesado de ser mortales en cuanto produjeron la muerte, puesto que no quisieron consentir la descomposición cadavérica; antes parece que se proponían contribuir a la conservación en el gracioso cuerpo de las líneas y la morbidez de la vida, convirtiéndose en bálsamo contra los últimos rigores de la muerte, inmediatamente después de haber sido poderoso contra la vida de la juventud.

Y Felipe no acababa de morir, Felipe no se moría. El veneno misterioso se negaba a matarle a él y concedía su influencia maléfica solamente a la razón. No mató el cuerpo, pero sí el alma.

Mi amigo seguía sin embargo esperando morir pues en medio de nuestro asombro mudo, dejó oír algunas palabras entre suspiros anhelantes.

—¡Pronto descansaré!

Pero si en él solo iba a morir del todo la vida cerebral, sus dudas dieron muestras de ser eternas.

—¿Por quién se quitó ella la vida? ¿Por quién se acostó en el último lecho nupcial? preguntó a Arrimateas.

Este no podía responder, lloraba.

—¿Por quién?... ¿Por cuál de los dos, por Filemon o por mí que la ultrajé?... volvió a preguntar el infeliz pasando con dificultad su mirada vagarosa, del rostro de José al de Nicodemus.

—¿Y quién es Filemon? preguntó éste, queriendo sin duda recoger todos los datos para una narración en proyecto.

—Mi hermano. Y yo soy, Felipe, el dueño de este lecho de muerte. ¡No lo niegues! No lo dudes yo soy Felipe Dolmeda. Lo dice ahí la losa sepulcral.

Y como Nicodemus siguiere haciendo signos negativos, Felipe se volvió a mí para preguntarme como antes:

—¿Y tú tampoco me conoces ya amigo mío? ¿Tan pronto se olvidan los muertos?

El estaba, en verdad, desconocido y volví a dudar que fuese el Felipe de mis días alegres de estudiante descuidado, cuando siguió dirigiéndome preguntas tomándome por Sir Amijas Sicklemore.

—Dí que soy Felipe, o tú, el único amigo fiel que ha tenido mi corazón. Dime también por cual de los dos ha muerto Felicitas. ¿Ha volado en pos de Filemon, o ha ido a esperarme en el seno de la única paz?

Espera un momento;—dije entrando en el sepulcro para separar de una cadenita afligrida que la muerta llevaba al cuello, un abultado medallón de oro. Con trabajo lo quité de debajo de la mano derecha, marfil en el color, bronce en el peso, con que apretaba la joya sobre su corazón sin latidos. En letras de brillantes se leía esta dedicatoria sobre el esmalte de la tapa de oro.—*A Felipe, de Felicitas.*

Abrí el medallón y extraje de su interior una larga tira de pergamino en donde campeaban tres renglones trazados con vistosa tinta purpúrea y en caracteres góticos de gran tamaño, semejantes a los que solo vemos hoy en algunos incunables, en los misales y en otros libros sagrados; como si aún de aquella manera hubiera querido Felicitas dar a su declaración allí estampada, el carácter fidedigno de las declaraciones de un evangelio incontrovertible.

«Felipe siempre mío: mi vida de abnegación sin ejemplo no fué bastante poderosa para vencer tus dudas y constreñirte a creer en la verdad de mi amor. Espero que mi muerte dolorosísima te convencerá de que mi vida te perteneció a tí únicamente. No pudiendo vivir ya en tus brazos, quiero encerrarme yo misma en tu sepultura y esperarte en ella.—*Felicitas Galeaza.*»

Felipe, tal creo, prestó atención a mi lectura. La repetí dos veces pero él no hizo más que permanecer marmóreo, sin una palabra, sin un quejido, mirando siempre el cadáver incólume de su muerta.

Y yo mirándole a él casi con la misma fijeza, no pude sentir que el medallón y el pergamino se me caían de las manos, volviendo al fondo del sepulcro como si la muerta los hubiera reclamado.

Los sepultureros que acababan de oír voces que los llamaban desde lejos, tuvieron miedo y se apresuraron a cerrar el sepulcro. Apenas perdió de vista el objeto adorado, Felipe dejó oír por primera vez la horrenda indefinible carcajada, que declaraba friamente haber dejado un hombre de ser hombre, perdiendo su don más soberano.

Al oscurecer de aquel día, estaba ya mi amigo con la camisa de fuerza en una de esas *ciudades dolientes*, cementerios de vivos, antecámaras de la mansión eterna, en donde la ciencia y la misericordia estudian afanosas a porfía, el misterio de la vida complicado con el de la muerte, acaso más propiamente dicho, la anatomía de la muerte complicada con las resistencias de una vida que se niega a abandonar sus presas.

El grito constante del mísero loco en sus horas de carcajadas estridentes, era el nombre de *Felicitas*. ¡La felicidad! Pero cuando entraba en furor, entonces sus indómita iracundia blasfemaba exclamando:

—¡No creo en nada! No quiero creer en nadie. Ese sol que nos alumbraba no es el verdadero... No creo, no quiero creer, porque nadie tampoco, ni los vivos ni los muertos, ni el cielo ni la tierra, nadie quiere creer que yo soy Felipe Dolmeda, el único, el verdadero, el legítimo, el infalible Felipe Dolmeda, predilecto de Felicitas.

Ninguno le tuvo por tal, de cuantos amigos fueron a verle; pues en su terrible, cuanto misteriosa dolencia, iba Dolmeda perdiendo de día en día todos los rasgos distintivos de aquel hermoso joven, conocido por Felipe el sin igual, el involudable, el originalísimo, y de cuyo carácter amable, de cuyo humor apacible, de cuya índole generosa, nadie pudo esperar jamás que cayese en la muerte de la demencia. Por otra parte, el verdadero Felipe Dolmeda, al decir de todos, estaba sepultado provisionalmente en un cementerio de Santander.

Cuando se decidió la traslación de los restos de éste al monumento que se le había erigido en Madrid, los comisionados descubrieron que el sepulcro de Santander estaba desocupado. ¿Por qué? ¿Qué había sucedido?

Pocos días antes de haber llegado a aquella capital la dicha comisión, se supo que habían arribado también a ella varios negros libertos, procedentes de la isla de Cuba, cuyo objeto al decir de los mismos era recorrer las principales poblaciones de la Península como músicos y saltimbanquis callejeros, para mendigar lícita y honradamente. Luego se supuso por indicios que dió un deportado cubano de gran nota, que aquellos negros, que tardaron poco en abandonar la tierra de España, habían sido esclavos de un Dolmeda de Yara, y sin duda los que se habían llevado allá, o a algún otro punto de América el cadáver de su señor, en agradecimiento de haberlos declarado éste en libertad al morir. Nadie quiso más explicación.

Pero como siguiera un loco en Madrid clamando a voz en grito que él era el legítimo y único Felipe, amante de Felicitas, como pudiera gritar cualquiera de los delfines de prision o de hospital para decidir al mundo a que le reconociera por Luis XVII, rey de Francia; los amigos más fieles de Felipe, que no desistíamos de tributar a su memoria homenajes de respeto inalterable, consultamos a un doctor joven como nosotros, y como nosotros amigo del inolvidado, y de quien la ciencia había hecho ya una de sus más brillantes esperanzas.

Después de una larga explicación científica a favor de nuestro loco mimado y de nuestra incógnita, digámoslo así, el generoso doctor Ezquerdo acabó por decirnos con una mezcla de convicción y de dudas, que no eran del todo sombras.

—Bien mirado, tal vez acierte el proverbio que reza: «los niños y los locos dicen siempre la verdad.»—El Dolmeda de nuestro hospital tardará poco en sucumbir. Cuando esto se verifique, yo lo cederé con gusto a la rica sepultura del Dolmeda, querido de ustedes. ¡Mi enfermo ha sido tan infeliz, ha padecido tanto!

Y así se hizo efectivamente en el día previsto por la ciencia. El sepelio tuvo lugar con algún boato, aunque ya muchos de los amigos que esperaban esta ceremonia, habían dejado de preocuparse de ella. El muerto estaba poco ménos que olvidado. Yo entonces no dudé que era Felipe el que llevábamos a la sepultura de Felipe: pero algunos del cortejo fúnebre se mantenían en sus dudas obstinadamente, y no tenían empacho en decir que aquello era un entierro en dudas, muy propio por lo demás del siglo de las dudas incurables.

TRISTAN MEDINA.

AYACUCHO (1)

Trasladémonos ahora al Perú, rastreando la senda luminosa de nuestro héroe, quien, en obediencia a las órdenes del Libertador, y arrastrado por su propia inspiración, había desembarcado en el Callao al comenzar el año memorable de 1824. Bolívar le había precedido unos pocos meses, y al darse a la vela en Guayaquil, había dirigido a los peruanos su última proclama desde el suelo colombiano, en la que al concluir, epilogando su pensamiento, les decía:

«Yo os prometo que no se habrá pasado un año sin que el estandarte de la Libertad cubra con su sombra protectora todo el territorio de los hijos del Sol.»

Esto anunciaba el 6 de Agosto de 1823; y al año, cumplido el 6 de Agosto de 1824, en la gloriosa jornada de Junin, verificada en esta última fecha, empezaba el cumplimiento de aquella feliz y maravillosa inspiración. Con el retardo de un sólo día, el sol de Boyacá, que había presenciado cinco años antes la realización de una profecía semejante, iba a mostrar a los descendientes de Atahualpa y de Pizarro, la espléndida aurora de su emancipación.

Para que se juzgue con alguna propiedad acerca del mérito contraído por Bolívar y sus dignos compañeros en la titánica y aventurada empresa de recobrar el Perú del yugo de la España, vamos a dar una idea del estado político de aquel pueblo, pocos meses después del arribo del Libertador, copiando un párrafo del malogrado Larrazabal, quien, con su pluma inimitable, la compendia en un sólo rasgo, en estos términos:

«Cuando Necochea llegó a Lima (Febrero de 1824), todo era allí confusión y desorden. Los primeros magistrados se habían pasado al enemigo, los empleados habían abandonado sus destinos, y los oficiales del ejército sus cuarteles. Torrelag y el ministro de la Guerra, Berindoaga, marqués de San Dónas, volaron al Callao y se entregaron a Rodil. De ciento y pico de oficiales del ejército peruano, se presentaron a Rodil 105. El General Portocarrero se pasó a los españoles. Un regimiento de granaderos montados de Buenos Aires, que observaba los movimientos de Rodil, se insurreccionó y se fué al Callao, aumentando las fuerzas españolas. Los comandantes Novajas y Eztee se sublevaron con los Escuadrones en Supe, y se vinieron a Lima, llevándose prisionero al coronel colombiano Carlos María Ortega, con cuya ofrenda se presentaron a los españoles. Todos los días se recibían partes en el cuartel general Libertador, de la deserción de uno o más oficiales, de uno o más piquetes de tropa, que con armas se pasaban al enemigo. Uniéronse, pues, en detestable acuerdo el destino, la perfidia y los tiranos; los que vendían su patria y los que anhelaban hu-

(1) Fragmento de un estudio biográfico muy interesante sobre el general José María Córdoba.

millarla, teniéndola en la más degradante servidumbre! Y los malos explotaron la ignorancia del pueblo, diciéndole que la guerra había cesado por fortuna en el Perú, no quedando otros enemigos de su felicidad que Bolívar y sus colombianos, en cuya destrucción debían trabajar de consuno todos los hijos del país; porque la idea de los pretendidos libertadores, no era otra que quedarse con el Perú y someterle á Colombia.»

En vista de este cuadro tan magistralmente delineado, se comprenderá cuan punzante sería la espina que traspasaba el corazón del Libertador, cuando, acabando de leer el decreto que le confería la Dictadura de aquel pueblo degradado, exclamó, en presencia de los mismos que le imponían aquel terrible cargo:

«Vamos á salvar este triste país de la anarquía, de la opresión y de la ignominia.»

Y le salvó ¡pero, de qué manera! De la más prodigiosa de que hay constancia en la crónica universal de los sucesos humanos; es decir, sacándolo, lo todo, á semejanza del Criador, de aquel caos tenebroso de desórden, de egoísmo y de miserias que la envidia, el resentimiento y la traición mantenían en constante y pavorosa ebullición.

Jamás en la vida portentosa de Bolívar, ni en la de ningún otro de los hombres más extraordinarios de la Historia, ha contemplado nuestra mente un fenómeno más digno de admiración que el que ofrece aquel gigante en los últimos meses que precedieron á Junin. Alejandro penetrando en el corazón de la India; Aníbal haciendo frente durante cuarenta años á la pujanza del coloso romano; Carlo-Magno en sus 50 campañas contra los bárbaros; Napoleon en su asombrosa lucha contra todas las potencias de Europa, no brindan nada comparable al grandioso espectáculo que ofrece aquel hombre predestinado, que sólo, de pié, con los brazos cruzados, semejante á una estatua de granito, blindada en amianto, ó como Daniel y sus compañeros en el horno de Babilonia, contemplaba sin conmoverse el inflamado y rugiente torbellino que salía de aquel abismo insondable de pasiones encontradas y de opuestos intereses. De repente el coloso recogiendo sus fuerzas se inclina sobre ese abismo, y á su soplo omnipotente, como por ensalmo, extingúese el incendio; y un nuevo pueblo independiente y libre, vió su nombre con asombro inscrito contra su voluntad en el escalafón de las naciones.

Pero nó, que no estaba sólo. ¡Para sacar á flote el nuevo pueblo de en medio de ese antro de deslealtad y de traiciones, y hacer frente á 18.000 veteranos españoles de los laureados en Bailen, en Zaragoza y Torres-Vedras, ufanos con veinte años de esforzado y hazñoso guerrear, contaba con 4.000 bravos colombianos, de los vencedores en Boyacá, Tenerife y Carabobo, con la sagacidad y la prudencia de Sucre, y, sobre todo, con la espada fulminante de Pichincha!

En Mayo de aquel año, inauguróse al fin aquella campaña, la más célebre en los anales de aquella gran contienda, pero como las dos fuerzas enemigas estaban separadas por un espacio de 200 leguas, por lo ménos, con pésimas vías de comunicación, el primer choque no vino á verificarse sino el 6 de Agosto, en los campos de Junin. En ménos de una hora de una carga de lanza solamente, la caballería española, rodó destrozada, á los piés de los ginetes colombianos. Este golpe, que puede considerarse como el intróito de la gran jornada de Ayacucho, fué de grandes consecuencias: los hijos desleales del Perú, que sólo aguardaban el más ligero descalabro de parte del ejército auxiliar, para volar en masa á apoyar á los realistas, al saberlo, escondieron la cabeza amedrentados, como el caracol bajo su concha; las insupportables fanfarronadas de un enemigo engreído y altanero, desaparecieron por completo, para ser reemplazadas por el terror y el desaliento; y finalmente, el entusiasmo y la confianza radicaron con más fuerza en las filas de los republicanos. Ya no era difícil augurar el desenlace.

Pocos días después de la batalla de Junin, el Libertador en acatamiento á un decreto del Congreso colombiano hubo de resignar el mando en Jefe del ejército republicano en la persona del esclarecido General Sucre, quien teniendo como siempre de segundo al general CÓRDOBA continuó dirigiendo aquella campaña con la inteligencia, actividad y circunspección que le eran características. Casi un mes hacia que Sucre, marchando de continuo á la defensiva, buscaba un local á propósito para librar un combate de tan ilimitada trascendencia; pues intentaba, y con razón, neutralizar hasta donde le fuera dable, la enorme superioridad del ejército realista, con las ventajas de una buena posición, cuando el 8 de Diciembre recibió por la posta una orden terminante del Libertador en que le prescribía que «cualquiera que fuese su posición y la

del enemigo, aventurase una batalla, bajo el concepto que no debía reparar en el mayor número, ni en atrincheramientos, ni fortificaciones, si las tenía, y que en todo caso debía buscarle para *batirle*». Esto advierte Larrzábal y Restrepo agrega que «Sucre desde aquel momento determinó cumplir la orden terminante de Bolívar.

Cuando tal orden se recibió, el ejército español capitaneado en persona por el Virey Laserna, ocupaba la eminencia y los declivios del cerro del Condorcanqui, que domina la planicie un tanto barrancosa de Ayacucho, donde acampaba el Ejército libertador. A las ventajas de la disciplina y del número de las fuerzas realistas, excedentes á las republicanas en poco ménos de la mitad, agregaban en esta vez las más rudas contiendas que la naturaleza del terreno les brindaba. Se necesitaba tener la divina inspiración del libertador del pueblo de Israel, ó la presciencia del Moisés americano, para vislumbrar la victoria al través de inconvenientes de tanta magnitud, é imponérsela al destino con tan maravillosa é incontrastable decisión.

Inmensa é indescriptible era la ansiedad que reinaba en los dos opuestos campamentos al asomar al día siguiente, radiante y majestuoso, por detras de las empinadas crestas de los Andes, el sol del 9 de Diciembre, que debía alumbrar el desenlace de una de las más rudas contiendas que se hayan librado entre la Libertad y el Despotismo.

Renunciamos á la idea de ofrecer aquí una descripción circunstanciada de la célebre batalla de Ayacucho, que juzgamos suficientemente conocida de nuestros lectores: nos basta para nuestro propósito, que no es otro que el de poner en evidencia la participación que tuvo en ella el protagonista de esta Biografía, el presentar una compendiosa relación de sus detalles más importantes, extractada del parte oficial del Estado Mayor general del Ejército Libertador.

Sucre y Laserna, siguiendo la usanza clásica, dividieron respectivamente sus fuerzas en tres alas ó columnas paralelas, dirigidas por sendos generales: la derecha de los independientes, capitaneada por CÓRDOBA, confrontada con la izquierda de los realistas, guiada por Villalobos; la izquierda republicana, dirigida por Lamar, se avistaba con la derecha del enemigo, que conducía Valdés. Miller y Monet mandaban los centros respectivos: éste el español, aquél el americano.

Antes de entrar en la narración de la batalla de Ayacucho, con perdon de nuestros lectores, vamos á connotar en un rápido episodio dos interesantes anécdotas que debemos á dos renombrados escritores, al eminente literato, Sr. Manuel Ancizar, y al señor coronel Manuel A. Lopez, ocurridas en los primeros días de Diciembre de aquel año, anécdotas que á la vez que ponen de manifiesto el lamentable estado á que había llegado el ejército independiente, en vísperas de la decisiva jornada de Ayacucho, por consecuencia del descalabro de Corpahúaico, nos muestran la índole caballerosa, que al fin, tras once años del más bárbaro y porfiado batallar, había recobrado, para honra de la humanidad, aquella contienda formidable, volviendo á entrar en el cauce que han abierto las humanitarias prácticas del cristianismo.

«El 3 de Diciembre (dice Ancizar en su biografía del general Sucre), marchando los ejércitos por las alturas de Matará, hicieron los realistas un súbito movimiento sobre su izquierda, para tomar la espalda de los patriotas, lo que notado por Sucre, retrocedió á Corpahúaico, pero no tan pronto que escapase del infatigable Valdés, cuya división atacó y destruyó la retaguardia republicana, capturando gran copia de equipajes, bestias de tiro, y para remate de quebranto, el parque y uno de los dos cañones que constituían el tren de campaña; brillante golpe que Sucre disimuló dando el parabién á Valdés, y añadiendo un regalo de chocolate, á que el festivo español correspondió con varias cajas de tabaco y galantes palabras de pesame; género de cortesías que no siempre mediaron en aquella guerra extremada en todo, ménos en la benignidad de los combatientes.»

La otra anécdota no la copiamos, porque no la tenemos á la vista; pero trasladamos su sentido en estos términos:

El 9, dos ó tres horas antes de la batalla, el general español Monet pidió cortesmente al general CÓRDOBA una breve entrevista para los oficiales y soldados de los dos ejércitos; pues en ambos había individuos que aunque encontrados en ideas políticas, estaban estrechamente unidos por el lazo de la amistad y aún de la sangre, que deseaban darse un cordial abrazo, que para muchos de ellos iba á ser seguramente el último... CÓRDOBA, en términos igualmente atentos, otorgó la solicitud del jefe español; y mientras duró aquella tierna y patética entrevista, asistieron ambos á ella,

conmovidos por el conmovedor espectáculo que ofrecían aquellos viejos veteranos, al dirigirse entre sollozos una última despedida para volar enseñada, á desgarrarse las carnes con el despiadado acero, acatando los inexorables mandatos de ese móvil misterioso á los ojos de la razón, que llaman el honor...

La ternura es un sentimiento de suyo expansivo cual ninguno; así es que CÓRDOBA y Monet, arrastrados por el calor de aquella escena, se pusieron al habla, y departieron con franca animación sobre los funestos efectos de la guerra. Momentos antes de despedirse, el español propuso al americano, arrebatado de un generoso impulso, que orillasen de algún modo honroso aquella áspera contienda, que tanto había hecho gemir la humanidad en catorce años seguidos. CÓRDOBA le replicó con entereza que reconocieran la independencia de todas las Colonias de la América española, y era punto concluido.

—Pero eso es imposible, repuso Monet, toda vez que el éxito de la contienda sólo depende ya de una batalla, que indudablemente será favorable á nuestras armas, ¿No vé usted, agregó esa inexpugnable posición que coronan 10.000 aguerridos veteranos? ¿Cree usted, general, que sea posible perder con semejante ejército? CÓRDOBA sin inmudarse, pero con un acento que revelaba la más incontrastable convicción, le contestó sin vacilar:

—No puedo negar á usted, general, que el ejército de ustedes es superior al nuestro por la disciplina, por el número, y aún por la ventajosa posición que actualmente ocupa; pero nuestros soldados son mejores que los de ustedes, porque saben por qué pelean, como lo confesará usted á la hora del combate.

A las diez y media (cuenta el coronel Lopez, testigo presencial de aquella entrevista) el general Monet volvió á la línea, y llamando á CÓRDOBA, le dijo:—General, vamos á dar la batalla.

—Vamos, le replicó CÓRDOBA; y dándose un cordial apretón de manos, tornaron en el acto á sus puestos respectivos.

Rasgos de esta naturaleza conservan todavía cierto sabor caballeresco, que nos arrancan involuntariamente un grito de admiración, y nos impelen á descubrirnos reverentes en presencia de aquellos caracteres, dignos de los tiempos heroicos del valor.

No está de por demás agregar que el sol de aquel glorioso día no había escondido aún su último rayo, cuando Monet, prisionero ya de CÓRDOBA, confirmaba con noble ingenuidad, la inspirada aserción de su afortunado y generoso vencedor.

A las diez y media de la mañana se rompen los fuegos: Valdés es el primero que desciende del declivio; y el entusiasmo de una primera acometida, agregado al ímpetu vigoroso que la inclinación del terreno imprime á todo cuerpo en virtud de la fuerza de gravedad, le dió á aquella embestida una pujanza irresistible; la izquierda republicana que la recibe, aunque compuesta en su mayor parte de los pocos peruanos que Lamar pudo cazar entre los bosques, sostiene con denuedo aquella carga por espacio de dos horas, al cabo de las cuales empieza á desmayar, y retrocede al fin en confuso remolino. Había llegado, pues, el momento supremo; y CÓRDOBA arrancado de su puesto natural por una orden del General en Jefe, vuela en auxilio de Lamar á remediar aquel conflicto; pero al llegar, haciéndose cargo de toda la inminencia del peligro, su espíritu se recoge durante unos pocos segundos, é invoca al génio de la guerra en busca de un expediente extraordinario á propósito para reanimar el entusiasmo y la esperanza que empezaban á abandonar á los patriotas. De pronto aquel hombre se endereza y sus ojos fulgurantes anuncian una extraña determinación: era que el génio protector del Nuevo Mundo acababa de insuflar en aquel cráneo la más vigorosa y fecunda inspiración de que hay memoria en los fastos militares. CÓRDOBA al sentirla, echa pié á tierra, é imitando al célebre Espartaco, hunde su acero en el vientre del caballo y exclama con resonante y vigoroso acento: «¡Soldados, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! ¡No hay retirada!»

Enseguida, al tiempo de cargar á un enemigo, que ya se supone victorioso, un nuevo grito se escapa de su pecho: «¡Adelante, arma á discreción, paso de vencedores!» Y, por si algo faltaba á la fuerza incontrastable de ese grito, que la Historia transmitirá encantada á la más remota posteridad, acompañando al eco que le sigue repercutiendo en las profundas cavidades de los Andes, manda tocar el *Bambuco* americano, pieza desconocida en la música militar; pero la más adecuada para despertar en el corazón de nuestros pobres labriegos, disfrazados de soldados, las más gratas emociones; quienes al oír en cualquier tiempo aquella

pieza alegre y bulliciosa se sienten trasportados y conmovidos, al recuerdo de su aldea nativa, de su juventud, de sus amores....!

Aquella accion, aquella voz de mando, aquella pieza popular, asegundadas por la imponente actitud del héroe de quien partian, epilogan de un sólo rasgo, toda la homérica jornada de Ayacucho. Víctor Hugo, con su pluma de oro, ha inmortalizado en una inmundada palabra de taberna, pronunciada por Cambronne en Waterloo, al intimársele por los vencedores la orden de rendicion. Y si el General francés, con una ruda é insolente interjeccion, lanzada, acaso sin conciencia, en un momento de rabia ó de despecho, ha logrado glorificar una derrota y transmitir su nombre á la posteridad; ¿en qué idioma hubiera podido encontrar el eminente poeta epítetos que alcanzasen á encomiar bastantemente aquel ¡Paso de vencedores! que convirtiéndose en triunfo una derrota, arrancó todo un continente de una larga opresion de tres centurias?

Escritores tan distinguidos como el General Jomini y el sesudo Augusto Nicolas, son de sentir que las arengas más brillantes que connota la historia militar de las naciones, palidecen en presencia de la accion ejecutada por el gran Condé en la batalla de Friburgo, que consistió en arrojar su baston de mando en medio de las filas enemigas, en lo más récio de la reyerta, para reanimar el valor de sus soldados, que ya empezaban á blandear. Y nosotros agregamos, si es que no padecemos estrabismo intelectual, que la accion ejecutada por nuestro héroe, es diez veces más osada, más original y más romántica que la del renombrado táctico francés.

Pero apelemos á la pluma imparcial de un historiador extranjero, para que se vea que no hay el menor rasgos de exageracion, por nuestra parte, al aseverar que aquella incomparable voz de mando, desconocida en la Táctica militar, fué la causa eficiente de la gran victoria de Ayacucho.

«Valdés, dice Larrazábal, atacó nuestra division «Lamar.» con tal ímpetu, que por el momento la obligó á ceder. En el acto Sucre, que con una serenidad inalterable vigilaba desde un punto llamado La Sabanita, los movimientos de ambos ejércitos, ordenó á CÓRDOBA que cargara sobre el enemigo, y reforzó la division Lamar. CÓRDOBA se desmontó de su caballo, y desnudando la espada, le mató. «¡Soldados, les dijo gallardamente, yo no quiero medios para escapar, y sólo conservo mi espada para vencer! ¡Adelante, paso de vencedores!» Y no fué fanfarronada; porque cayó sobre dos batallones de la division «Villalobos,» y sobre ocho escuadrones, y los arrojó en un momento. Nada pudo resistir su carga. Monet corrió con su division en ayuda de Villalobos; pero CÓRDOBA la desbarató tambien. En breves instantes Monet estaba herido, varios jefes habian perecido y los soldados se dispersaban con pavor. Dos batallones quisieron formarse; pero CÓRDOBA no les dió tiempo...

En pocos momentos, pues, la impetuosa carga de CÓRDOBA ha destrozado y puesto fuera de combate, la derecha, la izquierda y el centro del enemigo. De pronto, y mientras la caballería colombiana á órdenes del bravo llanero, coronel Laurencio Silva, auxiliado por Lara y por Lamar acaba de acuchillar al enemigo, que huía en todas direcciones, CÓRDOBA se apercebe de que el Virey al ver lo que pasaba, permanece atónito sobre la elevada cima del Condorcandi con la retaguardia realista, intacta aún, fuerte de 2.000 hombres por lo ménos. A una nueva orden de CÓRDOBA, aquella misma division que le habia seguido en toda la batalla, diezmada ya por las balas enemigas, jadeando de fatiga, pero ébria más que nunca de entusiasmo, empieza la ascension de aquella falda, circunvalándola en todas direcciones, y en pocos minutos, los soldados que la componen, con su bizarro jefe á la cabeza, desafiando imperturbable la metralla de los realistas, sin devolver un sólo tiro, coronan al fin aquella áspera cima. Laserna, al contemplar aquel arrojito sin ejemplo, no alcanza á balbucir la menor orden; y sus soldados, viéndose cortados en todas direcciones, se remolinan, se arraciman y empujan, aturdidos y confusos, en busca de alguna salida; pero en vano, el cerco de bayonetas que los rodea, los acosa y los persigue por doquiera, es invencible... La batalla ha terminado: todo el mundo se entrega á discrecion; y el mismo anciano Virey, abatido y cabizbajo, es conducido respetuosamente por CÓRDOBA en persona, á la presencia del general en Jefe.

Tal fué la célebre jornada, que al cabo de catorce años seguidos de pasmoso é incesante batallar, en una lucha cruenta y desastrada cual ninguna, puso fin á la dominacion peninsular en todo el vasto territorio de la América española. 4.000 colombianos, auxiliados por algunos cente-

nares de peruanos, pusieron fuera de combate cerca de 10.000 veteranos españoles, de los mismos que tantos laureles acababan de cosechar en las formidables guerras napoleónicas. CÓRDOBA, el héroe de aquella espléndida batalla, fué proclamado General de division sobre el campo mismo, al dispararse el último tiro; proclamacion que fué acogida y saludada por una inmensa salva de vitores y aplausos, que el entusiasmo y la admiracion arrancaban á aquellas legiones inmortales de gloriosos veteranos de la Libertad. Acababa de cumplir 25 años, y la fama de su nombre colmaba ya el Continente americano, del uno al otro polo!

El célebre abate de Pradt, hablando sobre los resultados de aquella gran jornada, emite el siguiente juicio:

«La batalla de Ayacucho ha sido para la España y la América, lo que fueron para César y Octavio las de Farfalia y Accio contra Pompeyo y Marco Antonio: uno de aquellos combates definitivos que destruyen un poder y consolidan otro.»

Bolívar profiere el siguiente concepto, en una proclama dirigida á los peruanos:

«El Ejército Libertador ha terminado la guerra del Perú, y aún del Continente americano, por la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo»

Y para decirlo todo de una vez, el General Sucre, en la nota en que participa al Vicepresidente de Colombia la pacificacion del Perú, resume en el siguiente párrafo, los resultados de aquella batalla:

«Por consecuencia de aquel triunfo (Ayacucho) se han humillado 25 Generales; 1.100 Jefes y oficiales y 18.000 soldados en el campo de batalla, y en las guarniciones; y redimido del poder de los tiranos un terreno de 400 leguas, y 2 millones de habitantes, que bendicen á Colombia por los bienes de la paz, de la libertad y de la victoria con que los ha favorecido!»

En la marcha de retroceso del Ejército Libertador hacia el Sur del Perú, despues de la batalla de Ayacucho, las poblaciones salian en masa á la vera del camino, á saludar y contemplar alborozados á los hombres generosos que acababan de conquistarles una patria, á costa de tantos y tan grandes sacrificios. A su arribo á la ciudad de la Paz, en el alto Perú, se vió precisado á detenerse para recibir la entusiasta ovacion que aquel pueblo le habia preparado de antemano. En medio de la plaza principal se alzaba un magnífico sólio con tres asientos, á que fueron conducidos en los hombros de una delirante muchedumbre, Bolívar, Sucre y CÓRDOBA. Sentado el Libertador en medio de los dos últimos, una niña diputada por la Municipalidad, le ofreció una hermosísima guirnalda de laureles de oro, bordada de piedras preciosas, suplicándole en un elocuente discurso, que aceptara ese pequeño testimonio del reconocimiento de un pueblo hacia el padre y salvador del Perú.

Bolívar, hondamente conmovido con aquella patética demostracion, despues de dar las gracias á aquel pueblo por tan espontánea ovacion, toma la guirnalda en la mano, y ciñendo con ella las sienes del joven CÓRDOBA, concluye en estos términos:

«La corona que me ofreceis, no la merezco yo: pertenece de derecho al verdadero vencedor en Ayacucho.»

CÓRDOBA, arrancándose instintivamente la guirnalda, y encarándose con el Libertador, le dirige *ex-abrupto*, esta magnánima y bien sentida frase:

—«Si esta prenda, de tan gran valor moral, la cedeis, señor, al vencedor en Ayacucho, permitidme colocarla sobre la frente del General Sucre, á quien corresponde como mi Jefe en aquella batalla; en la que no me cupo á mí otro mérito que el de haber ejecutado fielmente sus órdenes.»

A su vez el General Sucre, rehusando aceptar aquella alhaja, y devolviéndola al Libertador le dijo así:

—«Vos no podeis ceder esta guirnalda: la ciudad de La Paz honró con ella al libertador de Colombia y del Perú que nos ha conducido de victoria en victoria, desde Guayana hasta el Potosí; ése sois vos.»

Un torrente de lágrimas inunda las mejillas del Libertador, quien aparenta ceder por un momento ante aquella explosion de los más notables y generosos sentimientos, arrojándose en los brazos de sus dos ilustres compañeros; pero incorporándose de nuevo, despues de algunos segundos, recobrado un tanto de su primera emocion, insiste en colocar aquella guirnalda sobre la frente del verdadero vencedor en Ayacucho, quien hubo de resignarse al fin á admitirla, para poner término á la obstinada porfía del Libertador; pero al dia siguiente la dirigió á la ilustre ciudad de Rionegro

como un testimonio de cariño al lugar de su última residencia.

Que Bolívar y Sucre se hubiesen ostentado magnánimos y generosos en aquella lucha, ellos, hombres de edad proveccta y de gran tacto social, se comprende; pero que un niño, si puede decirse así, como lo era CÓRDOBA, en presencia de aquellos dos ilustres personajes; cuyo corazon debia brotar vanidad por todos los poros, al ver su nombre en tan temprana edad volando en las alas de la fama, les hubiera igualado en desprendimiento, es una cosa verdaderamente sorprendente.

En el alto Perú quedaba todavía sin someterse, una division de algo más de 2.000 españoles, á órdenes del General Olañeta, resto del gran ejército de Laserna. No habiendo querido aquel General aceptar la capitulacion de Ayacucho, fué preciso rendirle por la fuerza, lo que se consiguió en el combate de Tumusla, librado en 1.º de abril de 1825, en que sucumbió Olañeta. De ahí en adelante la marcha del Ejército Libertador cargado de laureles, fué una ovacion continuada, hasta el rio Desaguadero, último confin de aquel vasto territorio.

CÓRDOBA permaneció algun tiempo en el Perú, prestando siempre servicios eminentes á la causa de la Independencia, hasta la rendicion del Callao, último baluarte de la dominacion española en todo el continente, ocurrida el 23 de enero de 1826.

JUAN C. LLANO.

FOLK-LORE

SUPERSTICIONES POPULARES

345.—Para que no suceda el mal que presagian un espejo que se rompe ó aceite que se cae debe echarse un puñado de sal en una vasija llena de agua (a).

346.—El que va á ver á alguno que hace mal de ojo cierra la mano con todos los dedos doblados, ménos el índice y el meñique. Cuando sale de la casa debe sacudirse la ropa. Así evitará la pernicioso influencia del mal de ojo (b).

(a) En la supersticion popular, la sal es un antídoto eficaz contra los maleficios y las argucias del inferno; de aquí que verterse un salero sea presagio de desgracias. Esta opinion, de que ya participaban los romanos, está muy extendida. Segun el abate Migne (*Sciences Occultes*), los escoceses atribuyen virtud extraordinaria al agua saturada de sal. Los habitantes de las Hébridas y las Orcadas no olvidan nunca colocar sobre el pecho de sus muertos un vaso lleno de agua y sal con objeto de expulsar á los espíritus malignos. En Rusia, segun De Chesnel (*Superstitions, prejuges, etc.*), no se debe pedir sal á un amigo, pues si éste se olvidase de soltar una carcajada, bien pronto se rompería su amistad. Es digna de notar la costumbre antigua de arrasar y sembrar de sal los solares de los nobles declarados traidores por el rey, costumbre que ya tenían los egipcios, los griegos y los romanos con las aldeas y ciudades que arrasaban despues de una victoria, lo cual obedece al pensamiento de que la sal hace infecundas las tierras en que es sembrada. El agua que en las iglesias se bendice, y la que sirve para bautizar los niños, ha de tener granos de sal precisamente.

(b) No cabe, en los reducidos limites de una nota, cuanto pudiera decirse sobre el mal de ojo, que se presta á una extensa y curiosa monografia. El origen de la supersticion es muy antiguo, y hay que buscarle en el Oriente, en la India, de donde pasó á Europa á través de la Edad Media, deteniéndose con más cariño en los países del Norte. Es asombroso—me escribe un ilustrado amigo mio á quien consulté sobre este punto—es asombroso ver como cunde esa creencia. Yo mismo en la Escocia puritana que en la Irlanda de los feñianos. En Rusia y en la patria de Andersen, el autor de los cuentos populares, el mal de ojo es temible aún para las más altas inteligencias. Para mí—añade en otro párrafo de su carta—su origen viene de la importancia de los ojos, el sentido más bello y más en analogia con las ideas de la divinidad y los encantos de la creacion. El ojo de la Providencia en medio del triángulo, que figura no solo en templos cristianos sino tambien en otros antiguos, y en los de Brahma y Buda, dió por contraposicion la idea de otro ojo maligno cuyas miradas eran maldiciones. En Grecia es donde, más que en otra parte, aparece claro y evidente este dualismo. Afrodita, la diosa del amor, tenía el poder de comunicar con una mirada especial y privativa suya, el don de la belleza y encantos irresistibles á las personas feas que no podian soportar sin envidia el deslumbramiento de su hermosura. En cambio Medusa, la tercera de las Gorgonas, tenía la cabellera compuesta de serpientes sibilantes cuyas miradas quitaban la vida despues de quitar el vuelo y deslumbrar los ojos á los pájaros más grandes. El hombre ó semi-dios que las miraba quedaba convertido en piedra. Perseo no la pudo matar sino cerrando los ojos, apartando de ella su vista, por consejos de Minerva.

Dejando para otra ocasion cuanto acerca del mal de ojo en las supersticiones europeas pudiéramos decir, y ciñendonos á lo que ocurre en nuestra patria, donde esa creencia tiene tantos y tantos devotos, ante la extension del mal juzgamos perfectamente lógica la existencia del remedio ó, por lo ménos, de un preservativo. Aunque Italia es el país en que la supersticion está más arraigada y en que existe reconocido por todo el mundo, el *jetatore*, el hombre funesto que va esparciendo el mal y la desgracia por donde quiera, en España tenemos personas que hacen mal de ojo á los niños, á los adultos, á los animales, á todos los que pueden más ó ménos excitar la envidia ó provocar la ad-

347.—Al que ve de noche una araña se le morirá en breve alguna persona de la familia (319).

348.—En el infierno hay una campana que suena cada vez que en la tierra va a suceder una desgracia. || Frase popular: || *Pareces la campana del infierno que no toca más que para dar sentimientos.*

349.—Cuando pica una ceja anuncia recibo de carta. || Picor en la rodilla recibo de dinero.

350.—Cuando un muerto se queda con los ojos abiertos es que llama a alguna otra persona de la familia (c).

351.—Al partir el pan en la mesa debe darse el cantero a las mujeres para que, comiéndolo, tengan niños bonitos.

352.—Para que la luna no coja a los niños se les pone al cuello una cuenta de coral fino engarzada, y si el niño había de *alunarse* no le pasa nada, pero el coral se vuelve blanco. || Y lo mismo una persona mayor, porque el coral atrae todas las malas influencias de la luna (d).

353.—Si estando el viático en la calle da la hora el reloj de la iglesia, se muere el enfermo a cuya casa va.

354.—Los que al cruzar las manos ponen el pulgar izquierdo sobre el derecho es que han nacido de noche; los que al contrario, de día. || Los que tienen la oreja un poco despegada por su extremo inferior están en el primer caso; los que la tienen unida, en el segundo.

355.—Los sietemesinos tienen gracia especial para dar unturas a los enfermos que las necesitan.

356.—Un rebaño de ovejas visto en sueños presagia la muerte de una persona querida.

357.—Soñar con una serpiente es que el que sueña va a ser perseguido por una mala lengua.

358.—Para preservar a los niños del mal de ojo se les hace llevar colgado del cuello una pequeña asta de ciervo engarzada en plata, pero ha de tenerse en cuenta que la que ha servido para un niño no sirve ya para otro, porque hay que hacerla expresamente para cada uno (e).

359.—Para hacer que un novio olvide a la mujer que quiere se le echan alfileres en el zapato, de manera que al andar pise sobre ellos: los alfileres deben ser nuevos y no haberse empleado antes con otro fin (e).

miración. Muchas veces, los que hacen mal de ojo son irresponsables de las desdichas que causan, porque son *getatores* a pesar suyo. Hé oído contar el hecho de un labrador muy rico, que persuadido de que hacía mal de ojo al ganado, pues cada vez que iba a visitar el suyo se le moría la res más lucida y hermosa que tuviera, se enteró de cual de sus dos ojos era el dañado, y así que lo averiguó, se lo cubrió con una venda que no se quitó ni para dormir. Pero como no todos los que están en ese caso tienen la virtud de privarse voluntariamente de un órgano tan precioso como la vista, abundan los preservativos contra la acción maléfica de algunas miradas. La forma más común del amuleto preservador es el cuerno; engarzado en plata, y cosido a la faja del niño de pecho, pone a salvo de una mala voluntad a la inocente criatura; en forma de dígito de reloj preserva a las personas de más edad; a falta de él, basta cerrar la mano doblando los dedos a excepción del índice y el meñique, que quedan extendidos simulando la cabeza de un toro. ¿Por qué esta forma tan extraña? Teófilo Gautier, en una preciosa leyenda que ha dedicado a la *jettatura*, responde así a esta pregunta: «*De même que le paratonnerre avec sa pointe soutire le foudre, ainsi les pitons aigus de ces cornes sur lesquelles se fixe le regard du jettateur de tourment le fluide maléfaisant et le depouillent de sa dangereuse électricité.*»

(c) En Plouedern (Bretaña), existe la misma creencia, aunque ligeramente modificada. Si el ojo izquierdo de un cadáver queda abierto está amenazado de muerte uno de sus parientes más cercanos.

(d) En el curso de nuestra publicación hemos tenido ocasión de ver la influencia, maligna casi siempre, que da a la luna el concepto popular. Los niños sobre todo parecen más expuestos a su influencia, y en la superstición (202), se aconseja a las madres que no tiendan los pañales al sereno sino quieren que la luna ataque a sus hijos. Preservativo contra esta maléfica disposición del astro de la noche, son las cuentas ó collares de coral, que no sabemos por qué razón atrae de esa manera la perniciosa influencia. Brown en sus *Ensayos sobre los prejuicios populares*, dice que antiguamente las personas supersticiosas hacían uso del coral como amuleto y preservativo contra los sortilegios. Según Larousse, (*Grand Dictionnaire*), los mahometanos de la Arabia Feliz enterraban sus muertos con rosarios de coral al cuello.

El origen que la Mitología da al coral, se presta efectivamente a mantener su influencia. Los antiguos decían, que cuando Perseo mató a Medusa, dejó la cabeza en el suelo y fué a lavarse las manos en un arroyo próximo. Cuando volvió, encontró una rama de coral. La sangre que corría del cuello de Medusa, puesta en contacto con la cabeza de la Gorgona, se había petrificado.

(e) Otra vez aparece el alfiler en la superstición española, pero con un nuevo carácter. Hasta ahora solo hemos tenido que considerarle como casamentero en la superstición (9) y (164); como ofrenda propicia a los dioses en la (9). En los cuentos populares figura además —en el de la *palomita blanca*— como arma de encantamiento que esgrime la hechicera envidiosa. Hoy se nos presenta como propio para hacer perder la memoria a un amante y conseguir que olvide a su querida. En la nota que pusimos a la superstición, (164) llamó nuestra atención la frecuencia con que el alfiler interviene en

360.—Es malo rezar por el alma de una persona que esté viva, porque se le atrae la muerte (f).

361.—A los santos se les puede pedir todo menos dinero, porque es lo único que no conceden nunca.

362.—Encontrarse una herradura de caballo anuncia suerte; si se encuentra media herradura es media suerte (g).

363.—Cuando cae un rayo en un sitio se hunde en la tierra siete estados y a los siete años sale a la superficie. Esta piedra sirve después para preservar el rayo (h).

364.—La virgen de las Nieves, es con santa Bárbara, abogada contra las tempestades. A quien lleva consigo una estampa ó medalla de la Virgen no puede hacerle daño ningún rayo ni centella.

365.—El que durante la noche de San Juan, y mientras dan las campanadas de las doce se lava, los ojos no se pondrá mal de la vista en todo el año (i).

las prácticas supersticiosas. De entonces acá hemos estudiado el tema, y lo que ayer no era en nosotros sino una sospecha es hoy una convicción, como lo demostraremos en un trabajo que acerca de este asunto preparamos. El alfiler es objeto de numerosas supersticiones; heredó las que el clavo tenía en la antigüedad, que eran muchas, y su historia popular es una de las páginas más importantes en la historia interesantísima de las preocupaciones humanas.

(f) En un libro sobre *Los Sueños*, publicado hace pocos meses por el Sr. Carbonero y Sol y Merás, se lee un breve relato que puede tener analogía con la superstición apuntada en el texto. A consecuencia de un sueño en que creyó ver a su madre y a su mujer, ya difuntas, un hombre fué a buscar un sacerdote y le encargó que dijese dos misas por el alma de ambas. Le dió en pago una pieza de 30 sous, y como las dos misas solo importaban 20 sous, sobraban 10 que quiso devolverle el sacerdote. —Aplicadlo para una misa por mi alma—dijo el ofertante.—Y a los dos días murió repentinamente.

(g) La herradura, como fabricada de hierro, asume con el alfiler de que hablamos en la nota (e) gran parte de las supersticiones en que figura este metal. Una herradura forjada el día de Jueves Santo preserva a los niños de las malas influencias de la luna (202). En Lorena y la Normandía el encuentro de una herradura es considerado como de buen agüero. En Portugal (*Leite, Tradições*), se clava una herradura a la puerta de las casas para protegerlas contra las brujas, y lo mismo en Inglaterra (*Taylor, Primitive culture*).

(h) La ciencia sabe ya a qué atenerse sobre el origen de las *pedras de rayo* que el pueblo cree bajadas de las nubes durante una tormenta. Cartailhac, en su preciosa obra *L'âge de pierre dans les souvenirs et superstitions populaires*, lo explica así: «*Una vez fuera de uso y sustituidas por el metal las armas y los útiles de la edad de piedra, pronto las hubiera olvidado el hombre si al encontrarlas en la sucesión de los tiempos no le hubieran llamado vivamente la atención su sustancia, diferente a la de las rocas del país. Por otra parte, el trueno era hacia mucho tiempo objeto de los temores religiosos de la humanidad; era un dios ó la representación de un dios. El rayo que hiere mortalmente a los vivos, que rompe todos los obstáculos, incendia las casas, desarraiga los árboles y desaparece en la tierra, no ha sido nunca comprendido sin un objeto material. La superstición tomó por tal las hachas pulimentadas, las puntas de flechas de piedra que dan fuego por percusión, vistas y recogidas en la tierra abrasada, sobre el suelo lavado por las lluvias de la tempestad.*» El nombre que llevan en algunos pueblos remotísimos é incommunicados entre sí, puede dar idea de lo generalizado que está el mito. Para no citar más que algunos, apuntaremos que en Islandia se llaman *pedra del trueno*; en Suecia *Mallas de Thur* (el Júpiter escandinavo); en Hungría, *flechas de Dios*; en Finlandia, *pedras de Ukko* (el dios del rayo); en Java, *dientes del rayo*; en el Japon, *pedras del trueno*, y también *hachas de guerra de Tengu*, el guardián del cielo; en la India, *flechas del rayo*; en Siberia, *flechas del trueno*, etc. Conforme en cuanto a su origen, la superstición popular de todos los países no lo está igualmente acerca del tiempo que la *pedra del rayo* tarda en salir a la superficie de la tierra. En Francia dan seis años de plazo, en la Calabria diez y ocho, en el Norte y en España siete años; en la isla de Gotland (Suecia) tres años; en Grecia, donde creen que se forma en la tierra herida por el rayo, cuarenta días.

La opinión más extendida es que preserva del rayo, porque el rayo no hiere dos veces el mismo lugar. En Suecia y en Francia se colocan en los umbrales de las casas ó empotradas en el muro con este objeto; los aldeanos de algunos pueblos del Norte, así que estalla una tormenta, pegan por tres veces con ella en los lugares por donde puede entrar el rayo; los marineros de la Mancha ven venir las tempestades sin cuidado, siempre que sepan que la piedra del rayo se conserva en el camarote del capitán. Pero no es esta su única utilidad. También sirven en Alemania y en Cournouailles para anunciar la proximidad de la tormenta; en Alsacia, Baviera, Suiza, Inglaterra y la Hesse, para preservar de enfermedades al ganado y evitar las pesadillas; en Hungría acostumbran a colocarlas entre los pañales del niño que llevan a bautizar, para que el cura, sin saberlo, las bendiga, porque esto las da virtudes especiales y curativas; en algunas localidades de Suecia se las pone bajo el lecho en que una mujer está de parto, y facilitan el alumbramiento; reducidas a polvo en Birmania, en el reino de Assam, constituyen un específico infalible contra las enfermedades de la vista; en el Brasil aumentan la leche a las nodrizas.

Véase, para más detalles, la interesante obra de Cartailhac, antes citada.

(i) El rocío de la noche de San Juan es un remedio que la superstición popular emplea á menudo contra las enfermedades. Cura, entre otras, la sarna, á los que desnudos se revuelcan por un prado muy verde, al dar las doce de esa noche legendaria. A título solamente de curiosidad, me permito apuntar aquí una curiosa

366.—Para averiguar una mujer embarazada el sexo del hijo que lleva en las entrañas, echará a la lumbre una raspa de sardine; si salta sin quemarse será niño, si permanece en el fuego y se quema será niña (134).

367.—Todo lo que se siembra el día de la Ascension, florece (j).

368.—Cuando incomoda una visita se espanta al gato y la visita se marcha.

369.—La primera gallina de que tome caldo una recién parida, ha de ser negra (202).

370.—Beber agua en un vaso roto atrae desgracias.

371.—Soñar con misas anuncia desgracia próxima.

372.—La mujer que muere de parto vá al cielo derecha.

373.—Aquel a quien se duerme un pié se quitará la molestia haciéndose una cruz con saliva en la suela del zapato (k).

374.—Antes de ir a habitar una casa debe meterse en ella pan, sal y carbon, para que nunca falten en ella materias tan indispensables (m).

375.—En casa donde haya agua limpia, sal, (345) y levadura no pueden entrar las brujas, aunque quieran.

|| *Sucedido.*—Un día, una bruja cogió a un niño que estaba en la cuna y se le llevó por el aire buscando un lugar en donde tostarlo. En santa Rosa de Mieres (Asturias) estaba un hombre en la cama cuando sintió el llanto de un niño é inclinándose vió que una vieja estaba barriendo el fogón, y que iba a poner un niño de pecho sobre las ascuas. Cogió sus calzones y se los tiró y como tienen una cruz, la bruja quedó sujeta y no pudo escaparse. Cuando se levantó el hombre la preguntó de donde venía y con que objeto, y ella se lo refirió todo diciéndole que venía de Bañha a algunas leguas de santa Rosa.—¿Y como es que no te se ha ocurrido quemar antes al niño,—la preguntó con asombro? A lo que ella contestó que no había encontrado hasta allí ninguna casa en que no hubiera sal, levadura y agua limpia, pues donde no tenían una cosa tenían otra y en ninguna casa donde las hubiera podía entrar.

376.—Tener caracoles en una casa atrae desgracias. || Y lo mismo tener santos de yeso.

377.—Soñar que se cae un diente sin producir sangre en la boca, anuncia disgustos.

378.—Si al ponerse una prenda queda esta de diferente modo de como debe estar, señal de regalo.

nota que he encontrado hace pocos días en una obra importante de A. Réville, titulada *Les religions des peuples non civilisés*. Dice así:—«*La luna es para los caribes un sér masculino, un DEUS LUNUS. Celebran con danzas los primeros cuartos y se frotan los ojos con el rocío que cae en este momento, porque le creen infalible contra las enfermedades de la vista.*» Loc. cit.—I.—349.

(j) El día de la Ascension es uno de los más grandes del año en el concepto popular, como expresa la copla:

Tres jueves hay en el año
que relumbran como el sol;
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascension.

En Sicilia, donde, a juzgar por lo que dice Pitre, el sábio colector de las Tradiciones sicilianas, la noche que precede a este día es abundante en prodigios, pues hasta el agua del mar se vuelve dulce, y todos los que se bañan se curan y se preservan de muchas enfermedades, existe también la superstición del texto. Hé aquí cómo la explica el ilustre folk-lorista italiano: «*E come nella notte di S. Giovanni cala l'agro all'agresto, così in questa notte cala la «grana» al grano, cioè prende esso lega, e di spiga erba che era si mutà in frumento (Etna). Immagine ognuno che poetica è lieta impressione debba perciò recare questa beata notte à campagnuoli così pieni di fantasia e di immaginazione, così esuberanti di passioni e di affetto. Dicono che nella immensa Piana de Catania, che vuol seminarsi tutta à granatio, quei campagnuoli vegliano allo aperto, sotto la più ridente guardatura di cielo à fine di osservare la bellezza di esso, e ricrearsi e confortarsi nel pensiero e direi quasi nella vista (giachè la fede in quel momento lo fa loro vedere) di quel prodigioso mutarsi del grano.*»—«*Spettacoli e feste popolari.*»—Pág. 263.

(k) Extraña práctica en verdad, y cuya explicación me ha preocupado inútilmente en otro tiempo. Y, sin embargo, examinada con detenimiento, nada tiene de particular, atendiendo al carácter sagrado que se ha dado a la saliva. La saliva, en efecto, tiene gran influencia contra los hechizos y sortilegios. Los antiguos se escupían tres veces en el pecho cuando se creían amenazados de alguna brujería. Para impedir los efectos de un encanto, Tibulo recomienda que antes de ponerse el zapato en el pié derecho se escupa dentro de él. En Grecia las nodrizas, al coger por primera vez al niño, le frotaban los labios con su saliva. Sentado esto, la superstición se explica fácilmente. El hombre que notase la molestia de que se trata, al sentirse imposibilitado de mover un pié, pudo, sin duda, achacar á hechizo lo que le pasaba, y escupir para alejar el mal espíritu. El cristianismo, adoptando esta práctica, la marcó con su sello y substituyó el esputo con la cruz hecha con saliva.

(m) El pan y el carbon pueden significar la comida y el fuego. La sal entra aquí quizá como preservativo contra los malos espíritus. Véase más arriba la nota puesta a la sup. 345.

379.—Cuando se pisa el pelo que al peinarse se le cae á una persona, es mala señal para esta (n).

380.—Comerse un garbanzo negro quita un año de vida. || Esto se dice en Avila; en Sevilla existe la misma superstición, pero entendida al contrario.

381.—El que acostumbra á cortarse las uñas de las manos todos los lunes, está libre de padecimientos de la boca (o).

382.—Cuando nadie cuida una comida, y ésta, sin embargo, se cuece y sale bien, se dice que la ha cuidado Santa Ana.

383.—El que inadvertidamente pisa á otro un pié, tendrá á este de convidado á su boda.

384.—Los niños del Limbo están siempre en tinieblas y en todo el año ven más luz que el reflejo de los cirios que se encienden el día de la Candelaria; de aquí la costumbre que existe en muchas localidades según la cual muchas madres que han perdido á sus hijos llevan este día á la iglesia luces encendidas.

385.—La burra es el único animal de su sexo que pare sin dolor, por haberla bendito la Virgen cuando huyó sobre ella á Egipto.

386.—La mula en cambio está maldita porque mientras estaba en el portal de Belén se comía la paja del pesebre en que estaba el niño Dios. La Virgen la echó esta maldición:

Maldita seas tú, mula
ni maldita ni preñada.

387.—Cuando el aire forma un remolino de polvo en dirección á una persona, si esta hace la señal de la cruz se deshará el remolino antes que llegue á donde está ella.

388.—Si se deja una luz en el suelo, acontece á poco una desgracia.

389.—Es malo mirar con insistencia á la luna, y el que lo hace se expone á quedarse ciego.

390.—Soñar con botas ó zapatos una soltera le anuncia que vá á salirle un novio rico. || Con platos, el que sueña será víctima de un robo. || Con carbon señal de luto. || Con ladrones anuncia muerte en la familia.

391.—Si un gato se pone de espaldas á la lumbre, es señal que vá á nevar.

392.—Si se quema un vestido, es que á su dueño van á regalarle otro.

393.—Para evitar que dé el moquillo á un perro, se le ata al pescuezo una tomiza de esparto crudo que tenga nueve nudos.

394.—Los gatos á quien se cortan los bigotes, no pueden cojer ratones porque no los olfatean. || En la opinión del pueblo, el gato olfatea por los bigotes, á os cuales llama *vientos*. Cortar los bigotes á un gato, dice que es *cortar los vientos*.

395.—No hay nadie que nazca á las doce de la noche del día 24 de Diciembre, porque en ese momento nació Jesucristo.

396.—La edad perfecta del hombre son los 33 años, porque es la edad á que murió el hijo de Dios.

397.—Para saber una jóven si se casará ó nó, cojerá unos cardos silvestres la vispera de San Juan, les cortará las cabezas, quemándolos despues les echará por la noche bajo la cama, y si al otro día ha florecido alguno de ellos, es señal que ha nacido para casada (p).

398.—Tropezar al salir de casa es mal agüero. || Y ponerse las medias al revés.

399.—En Salamanca tienen gran devoción á San Juan de Sahagun. Poniendo una lámpara á este santo, por intencion de un enfermo, antes de las veinticuatro horas *le despena*, es decir, hace que se muera ó se alivie desde entonces, según haya de morir ó ponerse bueno.

(n) Quizá por la idea de que lo que pase á los cabellos de una persona la pasa á ella misma. Antiguamente se creía que si una mujer vendía sus cabellos sentía en su cabeza todos los dolores de la persona que para usarlos en postizos los comprase. En la composición de muchos sortilegios entran los cabellos de la persona á quien se quiere hechizar, como uno de los principales ingredientes. Quién sabe si no es un resto de esta vieja superstición la costumbre que tienen los novios de darse mechones de cabellos como muestra de su ternura, queriendo así significar la entrega de su persona.

(o) Lo mismo se cree en Holanda.

(p) Aunque modificada, la misma tradición existe en Portugal. Leite de Vasconcellos la explica así: «*Na route do S. Joao costumam os namorados deitar as atachofras, isto é, queimá-las na fogueira, dizendo:*

Em loucor de S. Joao
A ver se o meu amor
Me quer ben ou nao.

o depois po-las ao relento no telhado: conforme ellas de manhã tem reverdecido un nao, assim es namorados sao felioes ou infelices».—Trad. pop. de Port., pág. 110.

400.—Cuando dos personas en la mesa beben agua al mismo tiempo, acontece una desgracia.

401.—El día 1.º de año no debe dejarse de oír misa, por si en todo él no puede volverse á oír. || Frase. pop.: Con una misa y un marrano hay *pa tío* el año.

402.—La mujer que aspire á ser querida por un hombre, logrará su objeto si sacándose una gota de sangre, y echándola en un vaso de vino, hace que el hombre se la beba.

L. GINER ARIVAU.

LIBROS

SOBRE POLITICA Y CIENCIAS SOCIALES

AZCARATE.—Tratados de política

En estos días en que se debaten tan elevadas cuestiones, como son la de la organización de los poderes públicos y la de la intervención directa del ciudadano en la vida pública, son los estudios serios sobre política, auxiliares y estímulos para la mejor y más oportuna solución.

La obra de más importancia de las publicadas estos días, es indudablemente la que titula D. Gumerindo de Azcárate, *Tratados de política*, en la que expone y resume diversas obras de Freeman, de Lorimer, de Held, de Gneitz, del duque de Sommerset y de otros muchos, y de paso sus propias opiniones que eomparten con el ilustre profesor la parte más sana de la democracia española.

Son las obras de Gneitz de *El principio constitucional* de Sansonetti *Introducción al estudio del derecho constitucional*, y de May *La democracia en Europa*, trabajos de filosofía de la Historia, que han tenido resonancia grandísima en Europa.

Es el libro de Freeman, política comparada, un hermoso ensayo del método comparativo—que ha hecho de la Filología, de la Mitología, ciencias verdaderas—á los estudios políticos y no ensayo sólo, sino soberbias investigaciones sobre el origen comun de los pueblos griego, romano y germano que prueba estudiando las analogías de sus instituciones.

En el libro de Minghetti, *Ingerencia de los partidos en la política y en la administración*, se examinan los defectos del sistema representativo, inferiores siempre á sus ventajas, y se busca el remedio en la vida independiente de los organismos locales y de las personas jurídicas que se constituyen para los diversos fines de la vida.

Los estudios de Held y Lorimer, refiérense á la eficacia y trascendencia de los diversos sistemas electorales; el de *Passey*, á las diversas formas de gobierno; el de un grupo de economistas, á las soluciones que hoy pueden ofrecerse á la cuestión social.

Estos estudios son importantes, muchos popularísimos entre los políticos; pero lo más digno de atención del libro para la política española, son las opiniones que expone el Sr. Azcárate, y que con él profesan grupos influyentes de la democracia.

El autor estudia el problema de la forma de gobierno, hoy casi en litigio.

El Sr. Azcárate cree que la civilización moderna ha producido algo nuevo al afirmar el principio de la soberanía política, y como consecuencia lógica al sistema parlamentario, y conviene con Macaulay, que la revolución inglesa de 1688, al fundar la monarquía más respetable de Europa, la que sirve de modelo á nuestros políticos, consagró el principio de que el jefe del Estado sea éste monárquico ó republicano, es un servidor de la nación, uno de sus funcionarios.

La democracia afirma en primer término, el principio de la soberanía, y solo secundariamente se ocupa en las formas de gobierno, y por eso la democracia mantiene la monarquía en Italia y la república en Francia, obrando cuerdamente en los dos países.

El Sr. Azcárate examina también con profundidad la segunda de las materias hoy debatidas: el sufragio político.

Al examinar el libro de Lorimer, *Constitucionalismo del porvenir*, expone aunque no con gran desarrollo su teoría.

El fin del constitucionalismo, dice, es que toda la nación sea gobernada por la nación toda, considerada ésta no numéricamente sino dinámicamente; esto es, tomando en cuenta todas las fuerzas que impulsan la vida nacional, que si la sociedad ha de estar representada con igualdad ha de estarlo tal como existe,

como un todo orgánico, compuesto de muchas partes. El Parlamento ha de ser espejo de la sociedad, la fotografía de la misma.

Reconoce el Sr. Azcárate, que el sufragio es una función, y que se requiere para ejercerla capacidad, La cuestión para el Sr. Azcárate consiste en averiguar las condiciones que dan capacidad para el desempeño de la función.

El medio de que se refleje exactamente la conciencia social, es lo difícil. El Estado no es una sociedad anónima de intereses materiales y debe rechazarse por tanto el censo.

La variedad fundamental que se muestra en la sociedad y que debe reflejarse en el Estado es la de individuos y la de instituciones sociales. Atendiendo á estos dos elementos se va á la organización bicameral.

Todo ciudadano mayor de edad es capaz de sentir y conocer, aunque en distinta medida, las necesidades del Estado todos deben emitir su opinión y su sufragio. Al lado de los individuos obran otras energías las instituciones sociales que también tienen capacidad.

En la cuestión de conducta de los partidos democráticos el Sr. Azcárate al juzgar el libro de May *La Democracia en Europa*, hace observaciones notables y profundas.

El sentido general de la democracia ha cambiado. No se deja llevar como en 1789 de principios abstractos, antes reconoce la fuerza de la tradición y por lo mismo la necesidad de que los principios se encarnen en los hechos sucesiva y lentamente en el sentido que señala el ideal. No proclama la revolución sino cuando es necesaria para rescatar su soberanía.

No significa revolución ni gobierno de las masas, ni gobierno directo, sino que aspira á hacer lo que se esta haciendo en Inglaterra donde todas las reformas se inspiran en ella, donde no encuentra obstáculos la soberanía.

El Sr. Azcárate juzga con mucha severidad á los conservadores del continente que provocan el descontento popular y la revolución.

Los estudios del Sr. Azcárate muestran cuán grande ha sido el progreso en nuestras ideas, no porque el profesor de la Institución libre y otros muchos hayan cambiado de modo de pensar, sino porque sus opiniones son las de la mayoría de los demócratas, y porque han sido aceptadas y se citan como autoridad en la ardiente polémica que por el triunfo de la democracia se está sosteniendo.

La Asamblea Federal de 1868

por Salustiano Orive y Enrique Vera y Gonzalez

El pactismo federal no tiene partidarios en Europa. Salvo alguno que otro muy raro en Provenza, el señor Pí y Margall en España y un defensor del contrato social á su manera, Mr. Alfredo Feuillée.

Los economistas dánse la mano con los pactistas en lo de negar el concepto orgánico del Estado, pero no parten del mismo principio.

El pactismo ha sido en España la doctrina más popular, y la que ha sufrido más transformaciones.

Aceptada inconscientemente por los republicanos sin excepción, abandonóse apenas hubo conciencia de lo que significaba, y desde entonces el partido federal fué mermándose con rapidez.

En 1873 rechazaron grances masas republicanas la idea del pacto. El posibilismo para combatirlo con encarnizamiento desde su punto de vista de la evolución. Los salmeronianos, defensores del concepto orgánico, lo combatieron también, y la antigua democracia unitaria, reforzada con los elementos radicales, atacó con encarnizamiento.

Publicó por entonces el Sr. Pí y Margall su libro *Las Nacionalidades*, fijando la doctrina y siendo ocasión para que en 1881 estallaran nuevas y graves divisiones.

Negaron muchos federales que fuese base y fundamento de la sociedad un pacto tácito ó expreso.

Afirmaron la existencia de ésta, independiente de la voluntad de los individuos, y sustituyeron la palabra pacto por la de autonomía, y basaron el principio federal en la vida independiente y propia de los organismos locales y del individuo.

Aún no habían acabado las divisiones de la agrupación pactista.

La idea del pacto, el contrato social como origen de la sociedad política, la limitación de la libertad absoluta del individuo por el consentimiento del mismo, conducía á un individualismo como no lo soñara

jamás ningun economista de la escuela revolucionaria de 1848.

Y precisamente el partido federal reclutaba sus masas en las clases inferiores, las que más sienten los estímulos del socialismo autoritario y anárquico.

Una nueva excisión hubo de surgir.

En la Asamblea federal de Zaragoza de 1883, presentóse por los socialistas una proposición, que fué rechazada, y desde entonces los periódicos y los comités del partido andan revueltos sin lograr apenas fijar con sus discordias la atención de los estudiosos que desdennan asistir a la muerte y descomposición de la que fué poderosa parcialidad.

Dos representantes pactistas á la Asamblea federal de 1883, han publicado un libro fijando las doctrinas del pactismo actual del ortodoxo, del que no transige; libro digno de estudio, ya que no se ha expuesto nunca en forma sistemática el credo del federalismo español.

Empieza el libro concretando lo que se entiende por sistema republicano democrático federal.

Las bases fundamentales de su doctrina son dos: *Autonomía y pacto*.

«*Autonomía* significa tanto como ley de sí mismo, sustantividad, propiedad de sí, libertad sin trabas ni límites que la circunscriban, en una palabra, la autonomía es la propiedad que tenemos de realizar nuestros propósitos por un impulso interior con independencia de motivos externos.

Pacto, contrato, alianza, convenio, fórmula de la relación entre seres libres.»

Toda cortapisa en la autonomía es una injusticia.

Como esta idea de libertad excluye toda idea de sociedad, los pactistas la explican por lo que ellos llaman heretonomía.

La heretonomía no es límite de las autonomías sino su síntesis, la autonomía colectiva.

El pacto no limita la libertad, sino que limita la garantía. De aquí que no sean posibles los conflictos de derechos. Con esto terminan la exposición de sus principios y formulan sus aplicaciones.

El Estado es para los pactistas la fórmula de la organización pública, que se hace tangible por medio de entidades representativas y de comisiones ejecutivas á que llamamos gobierno municipal, regional, nacional, etc.

El Estado se determina por el pacto, y las entidades que lo representan no tienen la menor iniciativa. El poder legislativo se conserva en todos los ciudadanos, y no se confiere á ninguna corporación. De aquí que los diputados (porque el sistema parlamentario subsiste), sean delegados que reciben instrucciones, á las que deben ajustarse sin variarlas en lo más mínimo.

No tenemos la culpa que en esta última evolución del pactismo sean los publicistas encargados de exponer las doctrinas, los Sres. Orive y Vera, ya sabemos que en la Asamblea de 1882 en Madrid, jóvenes de talento que se han separado, como no podía ménos de suceder, del federalismo, sostenían otra muy distinta, pero la doctrina que ha prevalecido es la expuesta.

Parten los Sres. Vera y Orive de un supuesto tan desacreditado como el del contrato social, y de la existencia posible del hombre fuera de la sociedad, ya que no es posible pactar lo que se impone, y la primera condición para que el pacto exista es el consentimiento, y la primera condición del consentimiento que sea libre.

El único pactista de alto vuelo que existe en Europa, Alfredo Feuilleé, comprende el absurdo y lo elude sosteniendo que la famosa teoría de Rousseau invirtió los términos, y que este estado de completa libertad no está en el comienzo de las sociedades, sino que se dibuja en el porvenir.

La definición de la primera base del federalismo, es de lo más estúpido que pueda decirse.

Autonomía para los federales españoles, es la facultad que tiene el hombre de realizar sus propósitos por un impulso interior con independencia de motivos externos.

Esta facultad la han inmitado los federales para su uso.

Para ello fuera necesario sustraer al hombre del medio en que vive, suprimir los estímulos de todo género, hacer que la voluntad no esté condicionada, conceder el libro albedrío más extraordinario que jamás soñara algun enemigo del determinismo.

De estos contrasentidos, así á la ligera expuestos, se deduce la organización del Estado de los pactistas.

El Estado no es algo que vive, que comprende á toda la Sociedad, que crece y se desarrolla; organismo natural que nace al aparecer el primer compuesto humano sobre la faz de la tierra.

El Estado es producto del pacto; debe, pues, su existencia á la voluntad; no es un organismo, sino una máquina encargada de hacer que se cumplan las cláusulas del contrato.

Este es el concepto que tienen los pactistas, porque no queremos hacerlos cómplices de una confusión de los autores del libro, que creen que el Estado es el poder público puro y sencillamente.

Después de decir esto al hablar de la organización de los poderes públicos, naturalmente, se rechaza la teoría de la representación.

Para los pactistas no hay iniciativa sino en el individuo, jamás en el compuesto; la idea de las colectividades no la comprenden; la idea de la representación, en virtud de la cual no se delega la soberanía y sin embargo no se acude al mandato imperativo, no entra en sus convicciones.

Ahora bien, lo único que los Sres. Orive y Vera no exponen en su libro, es la doctrina federal.

De toda la obra se deduce que la Sociedad es una suma de individuos que pactan las reglas de la vida común.

Pero esta federación de individuos, no es la que sostiene el partido á que pertenecen los escritores indicados.

La federación de estados autónomos no se aviene con la idea del pacto.

Porque estos Estados no son cosa arbitraria producto de la voluntad, que aparecen ó que desaparecen, según el capricho de los individuos autónomos.

Sin ir más lejos el Sr. Pi y Margall, en su celebrada obra *Las Nacionalidades*, busca razón de ser distinta de la voluntad, y la busca en la raza, en el idioma, en los intereses comunes, y la encuentra en la historia, es decir, en las series de hechos naturales que han dado fisonomía y carácter á una colectividad que la han hecho vivir con vida distinta, que la ha dado pensamiento individual, personalidad independiente de la voluntad de los individuos, que ni han podido prever los hechos, ni disponer la serie, ni alterar el orden, ni acordar su influencia.

Solo así el federalismo es, no lógico, sino explicable.

Con la base del pacto no. ¿Qué razón hay para que constituya Castilla cosa independiente de Andalucía si las agrupaciones humanas no son más que sumas de individuos y no son cosa natural y viva el municipio, la región ni el Estado?

El libro de los Sres. Orive y Vera, sino tiene importancia científica, la tiene como manifestación de lo que piensan los restos de un poderoso partido.

El federalismo logró indudablemente en España la extensión y la popularidad que tuvo, porque respondía á una de las necesidades más apremiantes de nuestra nacionalidad.

El carácter nivelador del absolutismo, el jacobinismo á la francesa, habían prescindido de los organismos locales tan vivos y tan fuertes en España, como pueden serlo los de los pueblos sajones y anglosajones.

Pero al adoptar como fundamento una doctrina tan inverosímil como la del contrato social, el federalismo español se ha suicidado, y las exigencias del espíritu centralizador, ensayan otros medios más racionales para buscar satisfacción á sus pretensiones.

Los derechos individuales ¿son legítimos?

por D. Telesoro Ojea y Somoza

A última hora y después de escrito lo que antecede, vino á mis manos un libro de un federal de mucha reputación en su partido del Sr. Ojea, que echa por tierra todas las afirmaciones de los Sres. Orive y Vera, y destruye todo el pactismo autonomista de nuestros federales.

Al hablar de la ley y de la legislabilidad de los derechos individualidades, reconoce lo que hoy no duda casi nadie en Europa, que no procede el Estado del pacto ni los preceptos legislativos mucho ménos.

La ley positiva es la expresión de la conciencia jurídica nacional, no procede del capricho, y como el derecho sigue un proceso evolutivo independiente de la voluntad individual. La ley no es relación como

pretenden los antedichos señores, sino regla y norma de las relaciones que existen, quieran que no los individuos.

La regla jurídica no es sólo la que declaran y formulan los poderes públicos, sino la que nace espontáneamente de la repetición de los hechos, de la jurisprudencia, de los tribunales, etc., etc.

El libro del Sr. Ojea intenta demostrar que los derechos individuales son legítimos, y lo hace de manera muy discreta, demostrando extensión y solidez en los conocimientos.

El sufragio universal.

Dos oficiales de la Biblioteca del Senado, han introducido la excelente costumbre de hacer recopilaciones de leyes, comparadas y anotadas para que sirvan de ilustración en los debates que en los Cuerpos Colegisladores, se sostienen sobre proyectos que guarden con ellos relación.

La primera compilación no publicada, fué sobre el jurado, y tuvo tal éxito, que faltó poco para que diese en tierra con los buenos deseos de sus autores.

La pedantería encontró barro á mano, y empleóse una sesión entera del Senado en discutir detalles insignificantes de la administración de justicia austriaca.

Los autores de esta primera compilación, que son también los de la segunda, han comprendido la necesidad de publicar estos estudios, para que la opinión trabajada, por tantos estímulos perjudiciales, sepa algo para decidir en definitiva.

El juicio que se haga de este libro, tiene que ser completamente favorable, ya que cumple por entero el objeto que se propusieron sus autores.

JUAN TALERO.

LAS CARTAS DE FELIPE II.

Habían emprendido los escritores ultramontanos a empresa de rehabilitar la memoria del rey D. Felipe II, cuyo nombre terrible sirvió de espanto en sus tiempos y en los que le siguieron.

El erudito belga, Mr. Gachard, en un libro que titulaba *Letres de Philippe II á ses filles les infantes Isabelle et Catherine, écrites pendant son voyage en Portugal* (1581-1583), publicó d'après les originaux autographes, conservés dans les archives royales de Turin, é impresa en París, publica las cartas de Felipe II, en las que se muestra el poderoso como tierno y amantísimo padre.

Ni las rehabilitaciones sospechosas de los neocatólicos ni la de Mr. Gachard, tienen nada que ver con la fama de Felipe II.

Su terrible represión del protestantismo es cosa probada. Sus guerras de religión también, y en las mismas cartas que á continuación publicamos, habla el rey católico de su asistencia á los autos de fé que no eran entonces como á fines del siglo XVII actos de ostentación, con una indiferencia cruelísima.

Las cartas son muy curiosas. Escribiólas durante su expedición á Portugal á tomar posesión de aquellos reinos.

Dos de ellas, las más características, dicen así:

A LAS INFANTAS MIS HIJAS

LISBOA, á 15 de Enero 1582.

Muy buenas nuevas son para my saver que todos lo estais; y paréceme que se da mucha priesa vuestra hermanica en salirse los colmillos: deven de ser en lugar de dos que se me andan por caer, y bien creo que los llevaré menos cuando baya ay; y como que no sea más que esto se podrá pasar. Bien temprano se acabaron los maytines de los Reyes. También acá los dixeran temprano; mas yo no los oy, por tener mucho que hazer. Y todos los días los dicen aquí en la capilla y todas las horas mayores, los capellanes. Las visperas de las fiestas principales las dicen las noches antes, y los otros días á las mañanas: mas nunca las oyo.

Estoy espantado de no saverse nada de my hermana, y aun con mucho cuidado porque desde otro día que se desembarcó no he savido mas della, y no sé qué pueda ser. No puedo creer sino que se a ahogado algun correo. También es terrible el tiempo que haze aquí y lo que llueve, y algunas vezes con muy grandes truenos y relámpagos, que en este tiempo no les he visto. Y esto sería bueno para vos, la mayor si no les aveis perdido ya el myedo. No haze frío que todo es llover y agora a gran rato, que parece que se cae el cielo de agua; y a avido grandes tormentas, y no se han perdido tantas naos como Luis Tristan os escribe, ni aun creo que ningunas, sino algunas varias pequeñas y no muchas.

Y, el correo pasado, que llevaba una carta mya para vosotras, creo que tardaría en llegar, porque por andar el río tan bravo, no pudo partir el correo el martes de mañana, que suele partir, sino el miércoles; y así no creo que llegaría ay ántes que partiese el ordinario de ay. Ya creo que Madalena no está tan enojada conmygo; pero ha días qu'está mala, y áse purgado y quedado de muy mal humor, y ayer vino acá y está muy mal parada y flaca y vieja y sorda y medio caduca, y creo qu'es todo del beber, que por esto creo que huelga d'estar sin su yerno. Oy nó la he visto, y creo que no os escribe, por andar de tan mal humor, y ayer me dixo que no estava enojada con la que os escribió que llaman Mariola y se llama Mariferandez, y así lo creo porque ántes huelga de uirla cantar, y con razon porque canta muy bien, sino qu'es tan gorda y tan grande que casi no cabe por la puerta, Y creo bien que doña Anna de Mendoça deve servir tambien á vuestros hermanos chicos como vos, la menor me lo escribis. Diéronme el otro día lo que va en esa caja, y dixéronme que hera lima dulce; y aunque no creo qu'es sino limon, os la he querido embiar, porque si fuere lima dulce, no he visto ninguna tan grande. No sé si llegará allá buena. Si lo llegare, probalda y avisadme lo que fuere, porque no puedo creer qu'es lima dulce, por ser tan grande; y así holgaré de saver lo que es y que me lo escrivais. Y un limoncillo que va allí no es sino para henchar la caja. Tambien van allí unas rosas y azahar porque veais que lo hay acá; y así es que todos estos días me trae el Calabrés ramilletes de lo uno y lo otro, y muchos días ha que los ay de violetas. Junquillo no ay acá: que si le hubiera, creo que ya hubiera salido pues ay estotras cosas. Segundo que llueve, creo que le habrá ay presto y para quando venga ay my hermana, ó poco después. Y Dios os guarde como deseo.

De Lisboa, á XV de Enero 1582.

Ayer fuymos á misa á una iglesia que se llama la Concepcion, y es de clérigos de la orden Christo. Vuestro buen padre.

(Rúbrica del Rey)

Hé aquí ahora la segunda de las cartas que hemos copiado:

A LAS INFANTAS MIS HIJAS

LISBOA, á 16 de Abril 1582.

Mucho holgué con vuestras cartas y con las nuevas que me dais de Aranjuez. Y de lo que más soledad he tenido es del cantar de los ruysñores, que ogaño no les he uído, como esta casa es lexos del campo. No sé si los uyré por el camyno, porque después de mañana pienso pasar este río y ir á dormyr al Barrero y esotro á Setubal, por vel aquel puerto y el fuerte que allí se haze. Y de allí ira my sobrino á recibir á mi hermana, creo que á la raya de Castilla, y yo á esperarla á Almeyrin. Y de allí nos vendremos, creo que luego, aquí. Y bolviendo á Aranjuez, muy grandes vallerteras creo que deveis estar entrambas, pues tambien matásteis los gamos y tantos conejos. Y decisme, vos la mayor, que vuestro hermano cobró mucha fama (y creo lo decís por vuestra hermana, y es así segun lo que decís adelante, sino que por la *a* pusisteis o, y otra palabra se os olvidó). Creo que debistes d'escribir la carta á priesa.

Tambien aquí ubo trueños los otros días, y tres ó quatro muy grandes y que se via bien que herán de rayos; y paréceme que herán tan grandes como el del rayo de Sat Lorenzo; y así dicen que cayeron aquí no sé quantos y que mataron dos ó tres hombres. La casa nueva deve d'estar buena, y la fuente no sé si correrá agua en ella: decidmelo y tambien si la capilla está acabada y puesto el retablo, que no lo he savido, y si andava bien el reloxx. Y he miedo que deven de aver dado mano al pescado del estanque de Hontigola, pues no se pescó ninguno; y buenas fueran las cazas de las gorras y más por vuestro hermano; que espero que le dará Dios salud para verlas otras vezes, pues no son más que tercianas las que tiene, segun lo he visto por las cartas del conde de Barajas: todavia estaré con cuidado hasta saver que esté bueno. De my hermana tube una carta la tarde que llegó á Guadalupe. Estoy esperando un correo que le embié allí para saver como estava y quando partiría, que creo que será el mysmo día que yo. Bien podreis poner oro con lo negro cuando se case doña Nude Dietristan, con que sea moderado. Del auto no vine muy cansado, que no dura tanto como suelen durar allá, á lo menos los que yo he visto, que no duro quatro horas. Esta semana santa la he pasado bien y en esta casa, con las ventanas que tiene á la capilla, adónde he estado á los oficios, sino al encerrar y desencerrar el santísimo sacramento, que bajé á la capilla por una escalera que ay allí, y hubo muchos disciplinarios y penitentes, y más de día que de noche, aunque la procesion de la Misericordia, que aquí no ay otra, vino á la capilla myentras las tinieblas, entre los maytines y laudes; y yo la ví desde una ventana muy bien. Dicen que no fué tan concertada como las de ay, que yo no he visto. Hánme dicho que hubo muy buenos monumentos en muchas iglesias y monesterios. Y porqu'es tarde y

he tenido y tengo mucho que hazer para partir, no puedo dezir más. Y Dios os guarde como deseo.

Vuestro buen padre

FELIPE

EL CAÑAZO.

(RECUERDOS DE ROMA.)

Quien á Roma fué
perdió su fe.
(Adagio antiguo.)

I.

Roma es el pueblo de las grandes especulaciones artísticas y religiosas. Lo mismo se falsea una moneda de Rómulo que una muela de Santa Polonia, así es que el peregrino que vá por primera vez á la ciudad de los Cónsules, ha de irse con grandes precauciones si no quiere que le engañe algun sacristan ó viejo presbítero, de esos que se dedican al comercio de las reliquias, amuletos y rosarios sagrados, y que gracias á la credulidad de los fanáticos ó ignorantes, logran una gran fortuna que les permite comprar una canongía y áun una mitra aunque de esos obispados *in partibus* que para ciertos casos lucrativos están siempre en la cartera de la secretaria de cámara de Su Santidad el Papa... esperando al mejor postor.

Estas cosas casi no se creen á no verse, y aún viéndolas, el que como nosotros sea, y vamos al decir, un buen católico, apostólico y romano por añadidura (aunque naciese en Badajoz), ha de tocarlas para convencerse que son ciertas. Por ejemplo, en una ocasion que fuimos á Roma para ver de lograr unas licencias matrimoniales que negaba cierto obispo de cuyo nombre no quiero acordarme, y que no pudimos alcanzar por falta de cuartos, tropezamos para nuestro bien, con cierto padre capuchino, de quien nos hicimos gran amigo y quien nos sirvió admirablemente para no caer en manos de los comerciantes... en artículos espirituales. Dicho padre vivía allá en la Plaza de Barberini, en el convento de la Orden y no lejos de esta Plaza habia un platero, donado que habia sido de la Alcantarina en cierto convento de la provincia de Cáceres. En su taller nos reuníamos varias tardes para saborear unas magras del embutido picante de nuestro país, que el buen padre no comía, sino sorbia, como fideos en caldo caliente, mientras el platero nos entretenía con cuentos *verdes y colorados*, recuerdos picarescos de los buenos tiempos en su juventud en la Orden Alcantarina.

Cierta tarde en que estábamos terminando la merienda, se presentó en la platería un cura de almas á quien los allí presentes saludaron con cariñoso respeto. Respondió á todos, tomó un poco de rapé, y al punto desdobló un gran lío que traía en la mano y colocándolo sobre el mostrador, dijo al platero:

—Hoy no reñiremos, porque lo que traigo es excelente... muy bueno... y barato.

El platero se puso sus gafas, metió las manos por entre aquel monton de fragmentos ennegrecidos que le mostraba el cura, y preguntó al punto:

—¿Cuánto le doy por todo?

—Cien liras,—respondió friamente el cura.

Y el platero comenzó á vaciar toda aquella inmundicia en un saco grande que tenia á medio llenar, debajo del mostrador, sin replicar palabra.

Mientras pagaba aquella estraña mercancía nos acercamos al padre capuchino y le preguntamos al oído:

—¿Qué es esto que ha comprado este hombre?

El capuchino nos miró sonriendo, nos agarró por la solapa de la americana y llevándonos al lado opuesto del en que estaba la hija del platero, nos respondió:

—Huesos humanos ¿pues no los ha visto usted?

Y observando el espanto que sus palabras causó en nuestro ánimo, añadió seguidamente:

—Ese cura ha recogido de unas cuantas sepulturas ese papelado de huesos, que el platero aprovecha á un gran precio, porque nosotros estamos con él en el secreto... ¡Y chiton!

—¿Es posible?

—Como me oye, pues cada hueso de esos que ha metido en el saco, aparecerá mañana en poder de algunos de nuestros hermanos en Cristo, colocado en su correspondiente relicario de plata ú oro, y bautizado con el nombre de reliquia de un santo de los muchos que ya reinan en el cielo, por gracia y obra de algun Papa. El relicario vale al sumo 4 liras, si es de plata, y 30 si es de oro; con el hueso dentro puede venderse por 100 liras cuando menos... ¡El negocio no puede ser mejor!

—¿Pero, es posible este infame comercio?

—¡Infame llama usted!.. Aquí esto es muy lícito, y para que sepa usted más; en ese saco donde el maestro ha vaciado los huesos encontrará usted, si mete la mano, tierra y piedrecitas finas de la arena que trae el lecho del Tiber. ¿Sabe usted para qué las quiere el platero? Pues para llenar los relicarios que él hace y venderlos despues, como tierra empapada en la sangre de los mártires que murieron en las Catacumbas ó devorados por las fieras en el Circo, ó Coliseo Flavio.

No quisimos oír más; nos despedimos del padre capuchino y nos dirigimos á descansar al hotel, pensando en estas picardigüelas que hacen los hombres, por ganar un pedazo de pan. No hay para qué decir que aquella noche no pudimos dormir del mal efecto que nos produjo tan repugnante tráfico.

¡Cuánta perversidad en los hombres que se llaman cristianos!

II.

Al siguiente día era la vispera de San Pedro. ¡Qué calor! Las campanas de la iglesia *di Santa Maria Sopra Minerva* nos despertaron desde bien temprano, porque nuestro cuarto estaba frente al campanario. Nos vestimos, nos hicieron la *toilette* en la peluquería que está frente al Pantheon, en la Plaza de la Rotonda, y nos dejamos despues llevar por un coche hasta la Plaza de San Pedro, á fin de estar desde bien temprano en las fiestas que tributaban en sus días al Apostol mejor de Jesucristo.

La impresion que recibimos al desembocar á la Plaza de San Pedro, no es para poderla transmitir al lector por medio de un ligerísimo apunte en unas cuantas cuartillas. ¡Qué grandezza de edificio! ¡Qué columnas! ¡Qué fachada principal!

Aquella plaza circular no tiene igual en el mundo y cuando llegábamos con nuestro coche hasta el Monolito que está en su centro, no sabíamos como poder admirar tanta grandezza. Bajamos del carruaje y contemplamos, en primer término, aquella colosal pirámide, que no era ni más ni menos que la erigida, segun Plinio, á Nuncore, rey de Egipto, hijo de Sesostris, en Eliopoli, y trasportada á Roma por orden del Emperador Cayo Calígula, en el año 39 de Jesucristo y segundo de su reinado. Aquellos geroglíficos describiendo caprichosas figuras geométricas y animales raros eran las voces de un puebloregonando las honras de su rey. El lector hallará quizá alguna contradiccion entre este Monolito y el templo que está en su frente. No existe tal contradiccion. Está aquí esta obra Egipcia, por que Calicula levantó en esta misma plaza su Circo, que fué llamado de Neron, por que éste acrecentó esta obra y la decoró de nuevo con cierta suntuosidad. Destruído este Circo en el incendio que sucedió algunos tiempos despues, y comenzado un templo católico sobre sus mismas ruinas, escabando los cimientos del mismo apareció este Monolito, y el Papa Sixto V, en 1586, mandó al arquitecto Domingo Fontana que lo colocase en el centro de la Plaza de San Pedro, donde hoy se encuentra, para perpetuar la historia del Circo de Claudio, que hacia morir á los primeros cristianos, no lejos del Monolito, y donde hoy se levanta la suntuosa basilica.

Mide el Monolito, sin el pedestal, 113 palmos, y con el pedestal 180, por una base de 12.

Las dos fuentes que están á sus costados, obra del inmortal Carlo-Magno, son excelentes. Miden unos 60 palmos de altura, y vierten una gran cantidad de agua, procedente de Bracciano, sobre una hermosa taza redonda, de un solo pedazo de granito oriental, de la circunferencia de 72 palmos y que á su vez vierten en otra más hermosa aún, puesto que mide 120 de circunferencia.

Estos tres adornos prestan gran realce á la plaza que está circundada de un suntuoso pórtico á cuatro órdenes de columnas, obra del célebre Bernini, mandada hacer por orden de Alejandro VII, á los mediados del siglo XVII.

La figura de esta plaza es ovalada y mide, sin contar el espacio de las columnas, 810 palmos. En el centro de estas columnas está el pórtico de San Pedro que mide 433 por 532 palmos. De esta fachada salen los brazos en forma semicircular, compuesto de 284 columnas coronadas por 162 estatuas colosales. Por entre estas columnas pueden cruzar cómodamente dos carruajes. El órden de esta obra es combinado: la base toscana, las columnas dóricas y el cornisamiento jónico.

El gusto más refinado de la arquitectura, se concita aquí para trazar la plaza más notable que existe en el mundo conocido.

III.

Pero entremos en la basílica.

Por una bella y cómoda escalinata se sube á ella, dando principio el primer peldaño con las estatuas de San Pedro y de San Pablo, mandadas hacer por Pío IX, la primera á De-Fabris y la segunda á Tadolini. Los mosaicos de Giotto, que representan á San Pedro, y que pueden verse á la entrada, son notables. La cruz de metal, que está en el centro, en la Puerta Santa, que solo se abre el año del Jubileo, es curiosa, por la antigüedad que reúne. Los bajos relieves, en bronce, dispuestos por Eugenio IV para decorar la puerta mayor, datan de 1447, y son obra de Antonio Filarete.

Apenas se entra en el templo, el curioso adivina que toda aquella grande mole, coronada por una cúpula de 139 metros de elevación, por un diámetro interno de 40, se hizo más que para glorificar á Dios, para honor de los Pontífices, pues sobre toda decoración y ornamentos piadosos, sobresale la tiara y la triple corona pontifical, símbolos de los supremos y triples poderes en la personalidad del representante de Jesús en la tierra. Y por cierto que el origen verdadero de estas insignias no lo hemos podido descubrir y parécenos que antes que la tiara y la corona pontifical tenía la santidad de los PP. Pontífices otras alegorías más cristianas que someter á la adoración de los fieles, en la basílica de San Pedro.

Tampoco se reflejan en las tradiciones apostólicas el origen del pontificado, ni el uso de los ornamentos simbólicos de su doble autoridad, y la historia, en sus confusas páginas, ha dejado correr los errores y preocupaciones, que han divorciado á los creyentes, mermando la fe cristiana y debilitando el sentimiento de amor y caridad fraternal, sólida base de la doctrina de Jesús.

Nada resulta para probar que el pontificado fué instituido por Jesucristo; ni que el apóstol San Pedro fué pontífice en Antioquia, ni San Lino, ni San Cleto, ni Clemente I gobernaron la iglesia de Roma, con la misma autoridad que Julio III, Paulo IV, Urbano VIII y Sixto V, en los tiempos posteriores.

El título de pontífice es de tradición gentil, y el jefe supremo de la religión romana se llamaba Pontífice Máximo, siendo su autoridad independiente y absoluta.

La dignidad Pontifical es casi tan antigua como Roma.

Fuó instituida siete siglos antes de Jesucristo por Numa Pompilio, sucesor de Rómulo, á quien deificó consagrándole un templo. También fundó el colegio de los Pontífices el segundo rey de Roma.

Cinco siglos dominó la República de los dos cónsules, y ocho años antes de Jesucristo, el emperador Augusto aceptó la potestad Pontifical, que conservaron sus sucesores hasta Graciano por espacio de tres siglos.

De modo que la tradición gentil ha sido adoptada por el catolicismo, con aplicación á los obispos y al prelado supremo de la iglesia; y aunque bajo el imperio de Neron hasta Domiciano se toleró en Roma la propaganda cristiana, bien se infiere lo que sería la autoridad Pontifical cuando los primeros Papas fueron mártires por decreto de los emperadores.

La tiara, símbolo Pontifical desconocido en tiempo de los apóstoles y de los primeros PP. de la iglesia es de origen persa, usada en forma de turbante por las mujeres; y despues como diadema por los príncipes y sacerdotes.

No es fácil averiguar quien fué el primer Pontífice que ciñó la Tiara, y cuando se instruyó el cónclave cardenalicio, que unos atribuyen á Clemente IV, y otros á Gregorio X, de donde se infiere que estos Papas y sus predecesores no fueron elegidos con la ritualidad practicada en los últimos tiempos.

La *Corona* real, símbolo del poder temporal, no existió en los primeros catorce siglos de la era cristiana.

Ni Silvestre I la recibió del emperador Constantino despues del sitio de Roma, ni su hijo Constantino ni su yerno Juliano el Apóstata, protectores del arrianismo, ofrecieron más que persecuciones cruentas á la iglesia cristiana.

Leon III y Estéban V, tampoco recibieron de los reyes francos más que la donación de una parte del fruto de sus conquistas; y á pesar del célebre pacto clandestino celebrado entre el príncipe Carlos de Bohemia con Clemente VI, tampoco este Papa fué coronado.

Carlos IV fué nombrado emperador en 1355, pre-

parando el fin de la soberanía de los emperadores de Occidente, y el principio de la soberanía papal.

De este ligero exámen histórico se deduce que la Tiara y la Corona Pontifical son atributos muy modernos, en el Pontificado de la Iglesia Cristiana, y no comprendemos cómo se sobreponen estos símbolos, que son puramente dignatarios, á otros que generalmente existen en los misterios de la religión cristiana y tienen cierto origen de respetable santidad, como encarnación viva de las doctrinas de Jesús.

IV

Aparte de este detalle que no es para olvidar, el interior del templo es de lo más suntuoso que se puede contar, contrastando tanta grandeza con *la humildad* evangélica que predicó Jesús. Desde el año 306, en tiempo de Constantino el Magno, se comenzó á levantar una basílica sobre la tumba de San Anacleto, en el campo del Vaticano, y este templo que, según la tradición, recuerda el martirio de San Pedro, ha dado origen al actual que ha sido terminado por Pío IX. Puede decirse muy bien que XV siglos han trascurrido durante la construcción de esta basílica, en cuya obra, en más ó en ménos, todos los Pontífices tomaron gran parte. Las dimensiones de su nave principal, desde el andén á la cátedra, es de 830 palmos, por una altura de 286. El San Pablo de Londres mide 710 palmos de largo, y la catedral de Milan 589.

Su trazado es de una cruz perfecta.

La mañana que visitamos esta basílica, iluminaban las 89 lámparas doradas la estatua de Pío VI, arrodillado á la puerta ó gruta de la antigua basílica, situada en el centro de la nave mayor. Los altares de todas las capillas estaban engalanados con las lámparas y cirios de todos gustos y dimensiones. El clero de todas las parroquias de la Ciudad Eterna se apiñaba en el presbiterio, y los prelados domésticos, los arzobispos, abades, generales y comisarios de las órdenes, precedidos de un buen número de cardenales, estaban revestidos con sus capas doradas. No era dado otra cosa, tratándose de honrar al sucesor de Jesús, y por algunos considerado como el primer Pontífice.

Recorrimos las capillas, una por una, admirando en la Piedad el grupo de Miguel Ángel, y las tumbas de Leon XII y de María Cristina. En la de San Sebastian, el hermoso mosaico del Dominichino, y las tumbas de Inocencio XII y de la condesa Matilde. En la del Sacramento, el mosaico de Cortana y los sepulcros de Sixto IV, de Gregorio XIII y de Gregorio XIV. En la Gregorina la Virgen de la antigua basílica, y los sepulcros de Gregorio XVI y de Benedito XIV. La del cruceiro tiene otro mosaico del Poussin, y el sepulcro de Clemente XIII. La última capilla de la derecha es la de San Miguel, con la copia de un cuadro de Guido y el sepulcro de Clemente X.

A la izquierda están las capillas de Alejandro VIII, con el bajo relieve de San Leon I y de Atila. En la de la Columna se dá á una pequeña imagen de antigua basílica, y el sepulcro de Alejandro VII. No son peores las Capillas Clementina, la del Coro, la de la Presentación y la del Batisterio.

Por todas estas capillas se veían discurrir multitud de fieles, de viajeros y de peregrinos, cada cual vestido de diverso modo, como queriendo denunciar en sus trajes la peregrinación que venían haciendo de largos países, para recibir en aquel día la bendición papal, y alcanzar la gracia de Dios.

Nosotros todo lo vimos, todo lo observamos; el templo, los soberbios sepulcros de los PP. Pontífices, el aspecto de aquellos diversos rostros que en lo general mostraban admiración y profundo sentimiento místico. Pero cuando más ensimismados estábamos contemplando un precioso mosaico de grandes proporciones, nos llamó la atención un sacerdote con capa encarnada y una caña en la mano, que cruzaba por junto á nosotros, seguido de dos acólitos portadores de su enorme cola. Le seguimos llevados de la curiosidad, hasta una capilla que está en el cruceiro, á la izquierda, frente á la en que se celebró el Concilio Euménico. Allí preguntamos quién era aquél sacerdote, á otro curioso que como nosotros había ido á la festividad del día, y nos enteró de que era Monseñor el Penitenciario, que iba á distribuir indulgencias con la caña sobre los peregrinos, que invadían aquel día la basílica de San Pedro. Y esto de repartir indulgencias, por medio de cañazos, nos hizo reir y pensar despues.

V

El caso era curioso. Ver á un señor con peluca blanca, rizos sobre las orejas, traje encarnado, cola larga, recogida en brazos de dos acólitos y con una

caña en la mano, despertaba curiosidad en algunos y la hilaridad en no pocos... Además, el aspecto de aquel buen señor, infundía la risa al mas serio. Tenía la nariz descomunal, la boca torcida, distribuía bendiciones á diestro y siniestro, y tenía cierto andar sospechoso, como de tímida doncella.

La misión de aquel señor, sólo puede ejercerla en la capilla de las confesiones. Allí se ven doce confesonarios para los penitentes que posean diverso idioma que el latín ó italiano, y con sus letreros expresando el del confesor. Más de 600 penitentes, todos peregrinos, y en su mayoría curas y religiosos de España, Portugal, Francia y Suiza, esperaban con ansiedad la vez para limpiar sus conciencias de las picardiguélas que habían hecho, allá en su aldea, debajo de su sotana.

Todos hablaban en baja voz, quien de lo grandioso de la basílica, quien de la carta recibida aquella mañana del ama de gobierno, contándole las novedades del lugar. Cuando el run-run subía de punto, Monseñor el Penitenciario levantaba la mano derecha, y con su índice imponía silencio á la voz de ¡Chissss!.

Y al oír aquella sílaba prolongada, el silencio se imponía al momento, y todas las bocas enmudecían como por encanto.

Mientras unos confesaban y otros hablaban en voz baja, Monseñor el Penitenciario andaba de un lado á otro y de tiempo en tiempo, dejaba caer la caña que llevaba entre sus manos sobre la cabeza ó el hombro de algunos de aquellos mortales, que por este solo hecho se consideraba poseído de la gracia divina.

Y era que la persona á quien tocaba la caña que dejaba caer Monseñor el Penitenciario, alcanzaba 80 días de indulgencias, y en más de un caso 100 y aún hasta 500, según la retribución metálica que diera, porque la gracia divina quedaba en suspenso... hasta que el afortunado que había sido tocado por la caña aflojaba de cinco liras en adelante, así es que muchos que no tenían para dar estas cinco liras, ó no creyendo en la gracia divina propinada por la acción de una caña, hacían una reverencia á Monseñor el Penitenciario y renunciaban al bien que este les quería proporcionar, por las cinco liras se entiende.

¿No era esto curioso, lector? ¿No te infunde risa la acción del bueno de aquel Penitenciario, persiguiendo cinco liras con su caña, ni más ni ménos que un pavor de esos que recorren las calles de Madrid en vísperas de Navidad corre tras un pavo que se le escapa.

VI

Otro órden de cosas nos vino á la mente cuando veíamos cobrar á Monseñor el Penitenciario, las indulgencias que repartía con su caña: que en la iglesia católica todo se vende; desde las bendiciones hasta las indulgencias; desde las bulas hasta las absoluciones.

Y bajando la cabeza salimos de aquella basílica, sin querer ver más, ni esperar á la función religiosa que iba á tener lugar para honrar al pobre pescador que siguió á Jesús generosamente, en la predicación del Evangelio.

Cuando descendíamos las escaleras para marchar al hotel de Minerva, miramos hacia nuestra izquierda y con dolor en el alma veíamos por cima de las cornisas y las estatuas de aquella plaza levantarse la régia morada de los Papas. Un cura francés que nos acompañaba, muy apasionado por el Pontificado, cuando los dos nos encontrábamos junto al Monolito de Nuncorete, nos decía:

—¡Qué grandiosidad!... Se adivina, por esto, lo que tiene de hermosa la religión cristiana!...

—Segun se mire, señor, le respondimos.

Y él allá en sus elucubraciones fantásticas, pensando tal vez en la tradición y la historia que recordaban aquellas estatuas, proseguía hablándonos así:

—Señor; si los que tanto hablan de democracia buscaran la verdadera, no blasfemarían, ciertamente, de la Iglesia católica, fundada por Nuestro Señor Jesucristo, que aparecía á los ojos del mundo como un pobre artesano, y predicada por doce pobres y humildes pescadores. Muchos pobres se han encumbrado en la Iglesia á grande altura, y algunos hasta el Supremo Pontificado. Veámoslo:

San Dionisio Greco, de oscuro origen, y algun autor asegura que nació de ilegítimo matrimonio.

Juan XVIII, de muy baja clase.

Dámaso II, lo mismo que el anterior.

Adriano VI, hijo de un mendigo.

Urbano IV, el que instituyó la festividad del *Córpus*, hijo de un zapatero remendon.

Nicolas IV, general que había sido de los franciscanos, hijo de familia humilde.

San Celestino V, hijo de padres muy pobres y sobrecargados de familia.

Beato Benedicto XI, religioso dominico, tuvo por madre á una lavandera, á la cual no quiso recibir cuando se la presentaron lujosamente ataviada, reconociéndola cuando se vistió con el traje humilde de su clase y condicion.

Juan XXII, hijo de un ropavejero. Tuvo por sucesor inmediato á su propio sobrino.

Benedicto XXII, hijo de un molinero. Presentado ante él su mismo padre, no quiso reconocerle hasta que le vió vestido de molinero, y no le dió más dinero que el necesario para comprar una mula.

Bonifacio IX de familia muy pobre, se trasladó á Roma á probar fortuna, y llegó á ser Papa.

Alejandro V, de tan oscuro linaje, que ni aun conocía á sus padres, ni sabía dar más razon de sí mismo que el haberse mantenido pidiendo limosna en su niñez.

Nicolas V, hijo de una mujer que vendía gallinas y huevos.

Sixto IV, hijo de un pescador, y él pescador tambien en sus primeros años, hasta que vistió el hábito de franciscano.

Adriano VI, hijo de un carpintero de buques.

San Pio, pastor de ovejas hasta que vistió el hábito de dominico.

Sixto V, hijo de un jornalero, fué guardador de cerdos hasta que vistió el hábito de franciscano...

Aquí el bueno de nuestro P. capellan hizo una páusa, que aprovechándola nosotros pudimos replicarle:

—Algunos podían añadirse á la lista que V. enumera, pues sobre todo deben nombrarse dos más pobres y humildes que todos estos Pontífices, aunque de nobilísima estirpe de reyes el uno.

El primero de los que Vds. hacen Papas, San Pedro, pobre y miserable pescador.

Y aquel á quien los Papas representan, el Salvador del mundo, Redentor de los hombres, y de la humilde esposa de un pobre carpintero: Jesucristo, que nacido en un misero establo, no tuvo jamás donde reclinarse su cabeza. ¡Qué grandes estos dos! ¡Qué notables por sus ejemplos! Pero si viniesen hoy estos ¿reconocerían en San Pedro á su Iglesia? ¿No se avergonzarían de ver este palacio llamado el Vaticano, esta basilica para San Pedro y estos Pontífices vendiendo sus bendiciones, como los Penitenciarios, las indulgencias que prodigan con una caña?

El cura, nuestro amigo, abrió los ojos para que-rrernos contestar, pero pensó un poco, bajó la cabeza, y abriendo la *Guía de Roma* que llevaba entre sus manos, nos replicó:

—¿Vamos á la basilica de San Pablo?

—No, amigo mio;—le replicamos—Usted irá á visitar más templos; yo me voy á dar un paseo á las orillas del Tiber para hacer meditaciones sobre la influencia que ejerce en la humanidad un Monseñor Penitenciario, repartiendo indulgencias á cinco liras, por medio de una caña de cuatro metros de larga.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

ELEGÍA Á TASSARA

Y ausente sigue de la gran poesia
la excelsa y rica y deslumbrante musa;
la musa de tus cantos inmortales,
la que en supremo día,
ráuda bajando á acalorar tu mente,
desatara en magníficos raudales
de tu caudal inspiracion la fuente;
la que de amor intenso é infinito
el néctar te ofreciera en áurea copa,
la que arrancara de tu pecho un grito
al contemplar cubierta de delito
la libertad, la libertad de Europa;
la que en el noble verso repitiera
el blando son de las nativas áuras,
y en su ritmo pusiera
la voz de tus Beatrices y tus Lauras;
la diosa que al dolor y aun á la duda
la faz mostró serena é inmutable
y te mantuvo en la contienda ruda,
provocador, satánico, admirable,
no más ya nos alegra regalada
ni al amor de lo bello nos concierta.
¡Para siempre llamada!
¡Tu musa, tu gran musa está ya muerta!
¿Y lo creerás, Maestro?
De tu divino estro,
profético y altivo,
que á Dante sube y que con Dante hermana,

nadie recuerda ni el arranque vivo
ni la expresion gentil y soberana;
ni el alto pensamiento que se expande
por los claros espacios de la idea
y que aspirando siempre hácia lo grande,
si no lo alcanza á descubrir, lo crea!

Nadie recuerda, nadie, el fuerte anhelo
con que supiste levantarte osado
hasta tocar el cielo,
ó bien arrebatado

descender de la altura
y penetrar en la revuelta tierra,
combatiendo con inclita bravura
en lo más espantoso de la guerra.
No, nadie se levanta,
nadie contigo vuela; trueno y canta
tu voz en el desierto...

Solo estás en la cumbre de tu gloria,
sólo en tu majestad, más nunca muerto!
De ti sabe la historia.

Tu nombre esclarecido
vence de los silencios sepulcrales.
Ya el *Hosanna* se ha oído!

Ya estás en la region de los iguales!
Y cuán, empero, lloro,
¡oh sublime Tassará! ¡cuán deploro
tu ausencia eterna, y contemplar tu labio
por siempre mudo y para siempre fría
tu luminosa frente!

No siendo tú, de peregrinos modos
en el Arte señor, de austero sabio
y de inspirado vate, ¿quién podría
juntar en uno los arranques todos
y de esta sin ventura edad presente
cantar el horroroso cataclismo
en cuyo estrago el Dios omnipotente
tal vez esté espantado de sí mismo?

Y si la luz de paz los cielos llena
y si al fin se serena
este revuelto mar, y al fin avanza
la calma, ¿quién tambien, quién ¡ay! tendría
voz de consoladora profecía
como tu voz cantando á la Esperanza?
¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡No! Dios sabe
si existe ya... Poeta, tu estro grave
bien es que se halle mudo...

La maga se alejó de la tormenta.
Solo mirando al cielo nos alienta
su invisible saludo.

¡Bien haya tu silencio! ya llamada
pláceme ver tu lira.
¡La tierra está de Dios abandonada!
¡Los tiempos son de ira!

¿Qué canto habrá que pueda
refrenar el turbion de las pasiones?
Nada en su asiento queda

y tu Sataa arrastra las naciones.
Hoy, como ayer, la libertad camina
ciega, desatentada y en locura;
y ¡ay! si la falsa libertad domina,
¡ay! si domina la bacante impura.

La plebe alborotada
en pos irá de su siniestro brillo,
y suelta por la tierra ensangrentada
agotará sus fuerzas en la nada

y undirá su puñal en el caudillo
Y ¡ay! si el mal se transforma y el reposo
sucede á los terribles movimientos...

Para asentar su imperio temeroso
vendrá el nuevo coloso,
el tirano vendrá sobre los vientos.

¡Y ellos lo abortarán! Tambien la plebe
hará su aparicion, tendrá su hora...

¿Y quién el mal á detener se atreve?
¿Quién al torrente implora?

Todos hemos llamado
la catástrofe ciega,
y pues venir se siente, sólo es dado
contemplar cómo llega.

Todos en este mar de desventura
vertimos una gota;
ya Cristo no fulgura...

¡Volcada está la Cruz! ¡Volcada y rota!

Justo que la materia turbulenta
se agite y busque hambrienta
más allá de la Cruz el bien perdido
y que rebelde lucha le combata,
que en el polvo se abata,
que humillado, afligido,

se duela el hombre de su mal profundo
al ver que el cielo humano prometido
no extenderá sus glorias por el mundo.

¡Oh! ¿Quién lo espera aquí, sobre este suelo?
¡Excelsior, corazón; Excelsior, sube!
más allá de la Cruz ni luz ni cielo;
mas allá de la Cruz está la nube!

Hermosos claros días
de santas alegrías
aquellos ya lejanos
en que el sacro madero contemplaba

como á su augusta sombra se animaba
el mundo de los griegos y romanos.

Con llave diamantina
abre entonces la Italia peregrina,
abre el cielo de oro.

Dante aparece en la grandiosa escena
y á su canto resuena
de las artes helénicas el coro.

Es la sublime hora
en que Petrarca canta; canta y llora
arrobados el alma y el sentido,
y en que Laura recoge su lamento,
mientras repite el viento
la dulce queja y el letal gemido.

Galas Bocaccio presta
al breve asunto y cántiga modesta
que esparcieran las áuras provenzales,
y la itálica musa más avanza
cuando á los cielos lanza
Orlando sus rugidos inmortales.

El latino Parnaso
ve renacer con Tasso
por las verdes campiñas los amores,
y escucha con el tierno Garcilaso
«el dulce lamentar de los pastores»

Miguel Angel sombrío
sumerge su mirada en el vacío
y sueña en dominar sobre la cima.
Fidias mueve su mano,
y el Olimpo cristiano
arranca de la piedra que se anima.

Mística luz, inspiracion que inflama
alientos de la Umbria, viva llama
del génio, y del amor la intensa lumbre,
todo busca la frente del Urbino,
mientras que triste y sólo el Perusino
contempla á Dios sobre la eterna cumbre.

Dulcísimo Ticiano
arrebata á su cielo veneciano
el azul que decora y hermosea.

Tornan con él las Gracias á la vida,
y al soplo de su aliento estremecida
rompe su concha Venus Citerea.

¡Gentílico y audaz Renacimiento!...
¡Oh! ¡Excelsa Roma! ¡Oh! Grecia, madre Grecia,
emporio de las Artes y portento,

¿quién os pudo olvidar? ¿Quién en que agite
Hermosura y Amor sus fuertes llamas
vuestras cenizas hollará? Palpite

otra vez vuestro espíritu, y con ramas
de eterno mirto, el Capitolio amado,
en donde el verbo centellando brilla,
el Coliseo, el Partenon sagrado,
fábrica de los siglos maravilla,
surjan de entre el estrago y el escombros,
renazcan en sus altas majestades
espanto á ser y sempiterno asombros
de las nuevas y bárbaras edades.

¡Oh tiempos inmortales en que Homero
de nuevo á los humanos estremece,
y es dado sorprender de Orestes fiero
el terrible dolor que le enloquece;
y contemplar á Edipo
como al término toca
de su fatal deseo,

y sentir y llorar junto á la roca
en que el buitro devora á Prometeo.

Con Esquilo, coloso,
con Sófocles, grandioso,
con Eurípides, grave,

rugir, desesperar; al alma humana
descender; levantarse, y en la nave
del génio, penetrar por la lejana
playa del infinito; del espanto
bajar á las regiones,

y cantar de los hombres el quebranto
y de los dioses mismos las pasiones.

Tiempos en que otra vez en la tribuna,
monstruos de la Eloquencia y la Fortuna,
Ciceron y Demóstenes espantan,
y en que ardientes, soberbios, inspirados,
por la diosa del triunfo coronados,
frente á Hortensio y Esquines se levantan.
¡Toda la antigüedad renace y brota!

De Teócrito sencillo
surgen tambien la regalada nota
con el grato perfume del tomillo.

Pindaro lanza el ditirambo eterno,
Anacreon su alegre carcajada,
y se siente rugir todo un infierno
en la estrofa de Safo abandonada.

Y cautivan de Horacio y de Tibulo
y del gentil Catulo
y de Salustio y Tácito severos,

ya la oda magnífica y pomposa,
ya la cancion de tonos lastimeros,
ya el epigrama que volando hierre,
ya la solemne prosa

en donde vive Roma y Roma muere.
¡Tiempos de amor, de lucha y de grandeza

Bajo la Gruz, gentilica belleza
sus alas refulgentes sacudia,
suprema, tierna hora
en que de lleno ya la nueva aurora
cantada por Virgilio aparecía.
¡El Danubio y el Rhin lloran vencidos!
Sobre la Europa entera
de Júpiter y Cristo confundidos
flota la inspiración, pasa el aliento,
y en esta de los dioses nueva era,
es de Europa otra vez el pensamiento.
Colon vá peregrino
de nuevos mundos donde pueda el hombre
dilatarse su dolor y su destino;
Vasco en el mar, y porque el mar se asombre
abre sendas ignotas á sus naves
y Gutenberg, el Gama de la idea
da á la palabra el vuelo de las aves,
y el futuro volcan relampaguea.
La vida se desborda y precipita
en este cielo inmenso
y ante lo bello y grande deposita
el hombre sus fervores y su incienso.
¡Y al fin pasó la edad grandiosa y cara!
Cumplióse tu profético anatema.
Otra vez, ¡oh! Tassara
está la humanidad rota y caída...!
*El bien no es más que idealidad suprema
entre oscuras crepusculos perdida.*
¡Ay! ¿Dónde el arte recogido y santo?
¿Dónde el artista que en el arte adora?
¿Dónde el poeta que en sublime canto
el humano dolor consuela y llora?
¡Oh! Europa, tu iglesia está ya fría...
¡Cristo vuelve á clamar en el desierto!
Vuestra gloria es de ayer y vive un día,
y hasta el amor, hasta el amor ha muerto!
¿Ves como la materia crece y crece?
¿Oyes como los aires ensordece
explosión de invenciones que avasallan
Naturaleza entera?
¡Son la codicia y la ambición que estallan
sin encontrar á Dios en su carrera!
El vapor enlazando continentes,
y la eléctrica chispa y la sonora
audaz locomotora,
la ciencia que á los cielos desafía,
todas ¡ay! las conquistas esplendentes
de nuestra edad, sin alma ni alegría,
pienso que son las notas de un gigante
y magnífico canto funerario,
¡el salmo de la Europa agonizante
que muere sin amor en su Calvario!

JULIO BURELL.

RESÚMEN DE LAS ACTAS

DE LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

Leído en Junta pública el 25 de Diciembre de 1885

SEÑORES:

El día 14 de Diciembre de 1858 celebraba esta Real Academia su primera sesión, inaugurando pública y solemnemente su vida oficial y científica, bajo la presidencia del Excmo. Señor Ministro de Fomento, Marqués de Corvera. El Gobierno, en uso de las atribuciones, que se había reservado en el art. 3.º del Real Decreto de 30 de Setiembre de 1857, nombró la mitad de los Académicos que habían de formar la nueva Corporación, procediendo á darle organización, actividad y vida.

De los individuos nombrados por el Gobierno, y los que había nombrado la Academia ántes de dicha solemne inauguración, todavía existen diez, que fueron testigos de tan grata solemnidad, y que alcanzan á celebrar el vigésimoquinto aniversario de aquel fausto acontecimiento, tan importante para las Ciencias Morales y Políticas en nuestra patria; al cual en algunos países suelen llamar *las bodas de plata*, cuando la constitución de la familia por el matrimonio alcanza á completar los cinco lustros.

Figura al frente de estos diez supervivientes el mismo Señor D. Claudio Moyano y Samaniego, que en el artículo 160 de la Ley de Instrucción pública de 1857, todavía vigente, dispuso la creación de esta Academia de Ciencias Morales y Políticas, igual en categoría á las otras cuatro Reales Academias á la sazón existentes; el cual tiene hoy el placer y la dicha de ver asegurada la existencia de ella y observar los frutos que ha dado de sí al cabo de cinco lustros. Y le acompañan asimismo en tan grata satisfacción los Excmos. Señores Benavides, Marqués de Barzanallana, Vaamonde y Marqués de Reinosa, de Real nombramiento, y los Señores Cárdenas, Marqués de Molins, Colmeiro, Figuerola y el actual Presidente del Consejo de Ministros, D. José de Posada Herrera.

La Academia saluda cariñosa á estos ilustres varones, sus fundadores é hijos predilectos, se congratula

de contarlos en su seno, y los felicita por haber logrado ver este fausto día.

Pero los goces de esta vida transitoria siempre van mezclados con algun pesar, que más ó menos los acibara; y en estas solemnidades las congratulaciones á los sobrevivientes traen oculto el sentimiento de los otros que han desaparecido, ¡y qué nombres los suyos! ¡qué personajes algunos de ellos de gloria imperecedera!!

El Sr. D. Pedro Pidal, su primer Académico y Presidente; D. Francisco Martínez de la Rosa; el orador fluido y florido vate, D. Antonio Alcalá Galiano, su compañero en ideas y vicisitudes políticas; D. Nicomedes Pastor Díaz; los Sres. D. Antonio Cavanilles, Don Pedro Sabau y Larroya y D. Modesto Lafuente, compañeros en la Academia de la Historia, y más notables como historiadores que como políticos; D. Alejandro Olivan y D. Eugenio Moreno López, estadistas y hombres de Administración; D. Salustiano Olózaga, D. Alejandro Mon y D. Luis González Brabo, jefes de tan opuestos partidos y de tan contrarias ideas en el campo de la política militante; finalmente, nuestro inolvidable secretario D. Fernando Alvarez, cuya reciente pérdida llora todavía esta Academia, y á quien la parca inexorable no ha permitido, avara de sus días, ver éste, en que, testigo del nacimiento de la Academia y de sus vicisitudes, pudiera narrarlas como fiel secretario y fidedigno testigo.

Todavía parece, Señores, que estas bóvedas modestas pero históricas que oyeron, según la tradición ó la leyenda, la voz de un rey extranjero, que todo lo había perdido menos el honor, repercuten el eco de la última tan grata y solemne festividad, en que aquí nos vimos reunidos para dar posesión al Rmo. Arzobispo de Sevilla, á cuyo sublime é inolvidable discurso contestó con vigoroso acento nuestro digno Secretario, é inolvidable compañero y amigo el Sr. Alvarez. ¡Cómo había de creer, cómo nos podíamos figurar que aquel discurso, nutrido de tan sólida y abundante doctrina, que dignamente alternaba con la del eminente Prelado y profundo filósofo, era lo que, á despecho de naturalistas y ornitólogos, llamaban los clásicos el *canto del cisne!*

Preparados tenía numerosos apuntes para la Memoria que debía leer en esta solemnidad, como Secretario de la Corporación, cual lo hizo el día 31 de Diciembre de 1876, en la última Junta general reglamentaria que celebró esta Academia. Sus escogidos apuntes acerca de los actos principales de la Corporación durante este periodo, me han servido de mucho para poder apreciarlos; ya que como Censor tenía aunque con mérito desigual, que reemplazarle en este caso, entretanto que la Academia provee en propiedad la vacante del cargo de Secretario.

Las Juntas públicas que para recepciones de Académicos y otros actos solemnes, ha celebrado la Academia durante estos siete años, que voy á reseñar rápidamente, han hecho innecesaria la celebración de la Junta anual conmemorativa de la fundación, que hoy celebra con mayor motivo, al cumplir el vigésimoquinto aniversario.

Trece son los individuos que ha perdido la Academia en estos siete años. Además de los ya citados Sres. Sabau, Olivan, Moreno López, Mon y D. Fernando Alvarez, ha visto desaparecer de su seno á los Excelentísimos Señores Don Santiago de Tejada, su generoso Tesorero en épocas de apuros y penuria; D. Cirilo Alvarez Martínez, Presidente del Tribunal Supremo; Don Manuel Cortina; D. Miguel Sanz Lafuente, Auditor de la Rota; D. Juan Martín Carramolino, Ministro de la Gobernación y después Magistrado del Tribunal Supremo, y los Ilmos. Señores D. Juan Antonio Andonaegui y D. José Moreno Nieto, ambos ex-Rectores de la Universidad Central y Decanos de su Facultad de Derecho al tiempo de su fallecimiento. A estos nombres tan ilustres é importantes en la historia literaria, hay que añadir el del Excmo. Sr. D. Augusto Ulloa, á quien sus ocupaciones políticas no dieron respiro ni tiempo para tomar posesión de la plaza para que fué nombrado.

Estos doce vacíos han venido á llenar otros doce Señores Académicos, no menos dignos.

En 29 de Junio de 1877, ingresó el Excmo. Sr. Don Emilio Alcalá Galiano, Conde de Casa-Valencia y Vizconde del Pontón, á quien contestó el Excmo. Sr. Don Manuel Alonso Martínez. Como se había tenido seis meses antes la Junta general, se aprovechó aquella solemnidad entregando en el acto los premios adjudicados á tres de las Memorias sobre las colonias penitenciarías.

El año 1879 fué fausto para la Academia, pues durante él ingresaron los Excmos. Sres. D. Benito Gutiérrez, D. José Moreno Nieto y D. Fernando Cos-Gayon. Al Sr. Gutiérrez contestó el Excmo. Sr. D. Juan Martín Carramolino (16 de Febrero). Al Sr. Moreno Nieto el Sr. Colmeiro (25 de Mayo), y al Sr. Cos-Gayon el Sr. Alonso Martínez. Esta solemnidad fué honrada el día 15 de Junio con la presencia de S. M. el Rey, que impuso la medalla al nuevo señor Académico; dignán-

dose dirigir á la Academia y al auditorio una brillante improvisación, con su fácil cuanto autorizada palabra.

Otro recuerdo no ménos grato y duradero dejó S. M. á la Academia, con motivo de tan memorable acontecimiento. Al día siguiente, 16 de Junio de 1879, tuvo á bien encargar á nuestro consócio el Sr. Conde de Toreno, entonces Ministro de Fomento, que las obras de consolidación y ornato de este edificio, ya presupuestadas, se llevasen á cabo con toda urgencia, como se verificó; pues el aspecto del vetusto edificio, en el centro de la parte antigua de Madrid, ni honraba al país, ni á la Academia. ni á la policía urbana de la capital de España.

Otras dos recepciones tuvo la Academia al año siguiente, para dar posesión de sus respectivas plazas á los Excmos. Sres. D. Juan de la Concha Castañeda y D. Melchor Salvá. Contestó al primero, (7 de Marzo), el Excmo. Sr. D. José García Barzanallana, y al segundo el Censor. En esta segunda recepción, que tuvo lugar el día 29 de Junio, se verificó la adjudicación de los premios otorgados á los autores de las Memorias presentadas en el concurso extraordinario de 1878 de que luego se tratará.

Cuatro Sres. Académicos ingresaron en 1881. En 9 de Enero D. Francisco Javier Caminero, á quien contestó el Censor; y pocos días después (el 16 del mismo), el Excmo. Sr. D. Francisco de Borja Queipo de Llano) Conde de Toreno, á quien contestó el Excmo. Sr. D. José García Barzanallana. En 5 de Junio el Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo, á quien contestó el excelentísimo Sr. D. Fernando Cos-Gayon; y en 13 de Noviembre el Excmo. Sr. D. Carlos María Perier, al cual contestó el Excmo. Sr. D. José Moreno Nieto, cuando ya la inesperada muerte se cernía prematuramente sobre su cabeza.

Ménos fecundo el año siguiente, solo dió lugar á la recepción de dos Académicos.

En 19 de Marzo ingresó el Excmo. Sr. D. Fermín de Lasala y Collado; y en 15 de Octubre el Excmo. Sr. don Plácido Jove y Hevia, Vizconde de Campo-Grande: habiendo contestado á uno y otro el Excmo. Sr. D. Fernando Cos-Gayon.

VICENTE DE LA FUENTE.

(Continuará.)

REVISTA DE MADRID

Continuó el minuterero su marcha acostumbrada sin acelerar, por lo solemne de la hora, su movimiento regular y acompasado; llegó á ese instante en que se marca fuertemente la línea divisoria entre un día y otro, y la campana del reló moduló doce frases cadenciosas en que parecían confundirse los últimos ayes del año que espiraba y los primeros vagidos del año que nacía; la humanidad tenía un año nuevo á quien fiar el logro de sus aspiraciones.

He dicho que esa hora es solemne. Lo es, si, y el hombre más despreocupado, al romper la cubierta del calendario que como voz de lo invisible le anuncia los días que le acercan á la muerte, siente como un desfallecimiento, y vacila antes de decidirse á hacerlo. Parece que romper aquella hoja de cartón es levantar el velo del porvenir, rasgar la sombra en que anda envuelto su destino y tender la vista en lontananza. Las hojas apretadas de papel que se estrechan unas contra otras como los días de que son misteriosa cifra, hábilmente dispuestas para que solo se presenten á su vez, son murallas que pone el tiempo á su recinto misterioso. Tras esa cartulina que lleva en su centro grabado en grandes caracteres el número de orden que corresponde al nuevo año, y que parece ser la tarjeta en que éste saluda á los mortales, hay perspectivas risueñas, tal vez, y quizás decepciones dolorosas. Todo el que vive cree, ama, espera: ¿qué ha escrito el destino en el reverso de esas hojas de papel? ¿Desengaños? ¿Realidades? ¿Días de luto? ¿Horas de sosiego?... ¿Quién no acaricia un ideal? ¿Quién no se forja sueños de ventura? Pues bien; quizá en uno de esos días que en fila se nos presentan ante los ojos, impasibles, mudos, sin nada que nos dé á entender ahora lo que más tarde han de decirnos, está la pérdida de ese ideal, la realización de ese sueño... Todo el miedo que tiene el hombre á lo desconocido, cuando lejos ya de la edad en que piensa que ninguna rosa tiene espinas, cae en el extremo contrario y desconfía de cuanto se ofrece á su consideración; todo ese temor tan natural en quien muertas ya parte de las primeras ilusiones repite con el poeta, que

no es la tierra el centro de las almas,

acuden á mi memoria y pesan sobre mi espíritu cuando inmóvil y fijo en la noche del 31 de Diciembre cuento antes de las doce los golpes del reló que entonces se me antojan la pulsación de un moribundo. Es cruzar el dintel que nos separa de una habitación oscura, dentro la cual no sabemos á punto fijo lo que nos espera; es emprender una nueva jornada, concluida apenas la que veníamos haciendo; es entrar en una selva

más áspera, más salvaje que aquella á cuya entrada se halló Dante

nel mezzo del camin di nostra vita,

cuando emprendió aquel viaje del que, aún en la leyenda popular, son tan contados los que vuelven. Epimeteo debió sentir algo así al decidirse á abrir la caja de Pandora. Se destruye la débil barrera que parece oponerse al desbordamiento de los bienes y males que el año nuevo nos trae preparados en el fondo de sus maletas, y libres de este obstáculo que á su paso se oponía, las hojas de papel caen una despues de otra, lanzando en oleadas esos males, esos bienes... Fortuna que, como en la caja mitológica, la esperanza queda siempre en el fondo, acurrucada detrás de la hoja que termina el Calendario. Y buscándola con afán, persiguiéndola con empeño, vamos pasando días y días, cruzando penosamente las sendas accidentadas de la vida.

Un nuevo año nos reclama: olvidemos las malas pasadas que quizá nos jugó el que ya no existe. Puesto que no puede hacerse otra cosa, abandonémoslos al destino. ¡Ea! ¡Fuera temores pueriles, fuera vacilaciones inútiles! Arranquemos la cubierta del Calendario... ¡Ya está!

Uno de Enero, primer saludo que el año 84 nos dirige, ¡buenos días!

Quince veces ha girado la Tierra en derredor del astro vivificante, fuente de la vida y el calor; quince hojas han caído del Calendario; hemos dado quince pasos más hácia la tumba. Durante esos quince días, ni un suceso ha venido á romper la monotonía de esta existencia en que todos los días se parecen. Agotadas ya las fuerzas ficticias con que se celebró el aniversario del nacimiento de Jesús, la reacción ha sustituido á la acción, y Madrid descansa, reponiéndose laboriosamente de aquellos días de fiesta en que la tradición y la costumbre le condenan á una serie de digestiones penosas. El espectáculo que la memoria evocó para conmemorar la leyenda evangélica, se desvaneció en el aire como esas figuras formadas por la niebla durante la noche y deshechas á la mañana por el sol.

Apagáronse las lucecillas que ardian ante el Belén iluminado por sus rayos, la sombra envolvió el escarchado paisaje, quedó en oscuridad el reducido establo con todos los simbólicos personajes que en su centro se hacinaban en torno á la cuna del recién nacido, volvieron los pastores á cuidar sus ganados dados por un rato al olvido, los mensajeros celestiales que iban anunciando la buena nueva por los espacios azules tornaron á entrar en la mansión bienaventurada, dejando al mundo huérfano de su luz y de sus canciones. La humanidad, que había adorado de hinojos, se levantó y tornó á sus tareas habituales, abandonando en aquella confusión de vericuetos al niño que muy pronto, dentro de tres meses, verá entrar ya hecho hombre, en Jerusalem, para morir á poco en el Calvario. Solo quedó luciendo á un extremo del horizonte, la estrella que guió á los Magos hasta el establo de Belén, y que les aguardaba para volver á conducirlos á los países de donde vinieron.

¡Leyenda delicada la de esos Reyes Magos de que la tradición hace tres sábios famosos, que saben que ha nacido Jesús y van á adorarlo, llevándole los dones más preciosos, y representando las tres partes del mundo entonces conocido rindiendo su homenaje al pobre niño galileo! Despues que en él adoran la encarnación de Dios sobre la tierra, el sol que nace en medio de la noche para extender por todas partes sus rayos de luz y amor, regresan cada uno á su patria, y los libros santos no vuelven á ocuparse en ellos. El pueblo ha sido menos ingrato que los Evangelistas y ha completado su leyenda con episodios de infinita ternura. ¿Sabéis por donde los Reyes Magos siguen yendo todos los años á la pequeña aldea de Belén? En la calma de una noche serena abrid la ventana, alzad los ojos al cielo, y allí vereis una ancha banda cenicienta con ondulaciones de serpiente, polvo de mundos, según los sábios, que los antiguos creían formada por una gota de leche escapada del pecho de Vénus un día que daba de mamar á Cupido; esa es la senda que recorren todos los años, cuando salen del cielo para visitar el humilde lugar en que nació Jesucristo en la noche del 24 de Diciembre; y por ahí tornan al paraíso, montados en sus bravos corceles y seguidos de sus criados, que llevan del diestro los camellos cargados de mil objetos de valor.

Estos objetos no vuelven al cielo. Los Reyes Magos, que por ver á un niño hicieron tan largo viaje, son ahora amigos de todos los niños del mundo, y eligen ese día para visitarles y dejarles algun recuerdo, prenda imperecedera de su cariño. La víspera del día 6 de Enero, acuéstanse los ángeles de la tierra dejando en los balcones ó en las ventanas sus botijas y un poco de paja para los pobres caballos de los Reyes, que tanto tienen que andar en esa noche. A la mañana siguiente, apenas raya la aurora, los niños se despiertan y recogen los juguetes, los dulces, que los Magos les dejaron. Ya es de día y la Vía láctea no es visible para los ojos medio cerrados de los pequeños madrugador; pero así y todo, aún les parece ver á un extremo del horizonte,

destacándose como un punto sobre el fondo azul del cielo, las vagas siluetas de los donantes que les sonrien desde lejos.

Y como los pueblos son de suyo alegres y dados á la fiesta y la algazara, los grandes—que no creen—mantienen y arraigan la fé en el ánimo de los pequeños, y en cuanto se hace de noche cuadrillas numerosas de desocupados se reúnen, y al son de almireces y cacerolas recorren las calles, buscando á los Reyes Magos que, según ellos, llegarán de un momento á otro. Teas inflamadas alumbran su marcha por las oscuras callejuelas y desiertas plazas; sendos tragos de lo añejo sostienen sus fuerzas; la general alegría les contagia, y así se pasan la noche yendo de un lado para otro, siendo esta la última manifestación de las Navidades, la *mot de la fin* como ahora se dice, de la crónica alegre inaugurada el día de Noche-Buena.

Esta última costumbre desaparece rápidamente. Resto de una fiesta romana que con esa obsesión de todas las costumbres populares, ha logrado llegar hasta nosotros, parece impropia de un pueblo culto que, sin embargo, tolera mayores inconveniencias en los días de Carnaval, y ya hace algunos años que las autoridades se han propuesto matarla. Y la matarán, porque el arma que han empleado contra ella es infalible, da siempre buen resultado. Mientras á la gente no se la pida más que alegría para organizar una diversion, todo el mundo contribuye á ella con su parte; cuando, además, se pide dinero, los más decididos se sienten inclinados á retraerse. Las cinco pesetas que el gobernador exige á cada cuadrilla, es motivo de que estas escaseen. Sin embargo, no han desaparecido del todo, y las pocas que hemos visto tienen derecho á ocupar un puesto en esta crónica.

Amenazada de muerte la costumbre, dentro de pocos años, *ir á esperar los Reyes* será una frase sin sentido. Los eruditos del mañana que busquen la razón de los modismos castellanos, tendrán que quitar el polvo á muchos pergaminos para hallar el origen de esa frase, que ya que no en las costumbres, quedará en el lenguaje popular. Tal es la historia de muchas locuciones que hoy nos parecen tan extrañas como la apuntada parecerá á nuestros descendientes.

Y así perecen las costumbres, y así se cambian las instituciones, y así se modifica la índole de los pueblos: dejando un rastro apenas perceptible en los infólios que cubren las paredes de una biblioteca.

Si por lo que sucede en Madrid fuéramos á juzgar de lo que acontece en otras partes, tendríamos que declarar que en el mundo no pasa nada. La poca vida que las pasadas fiestas nos han dejado, se reconcentra en las tareas parlamentarias, metida á política de poco más ó menos, y preocupada con la idea de, si será la izquierda la que regirá el cotarro, al contrario de lo que pasa en todos los usos donde la mano derecha es la que á su antojo hace y deshace, en tanto que la izquierda, al paño, canta un himno á la injusticia de la humanidad. Terreno vedado para nosotros esa pendiente resbaladiza, en la que unos y otros llevan tan sendas costaladas, hemos de recorrer terrenos más sólidos.

Y no ciertamente para ver novedad ninguna.

Sigue *La Pasionaria* conmoviendo al público de la Zarzuela con el triste relato de sus desdichas; siguen los espectadores aplaudiendo de todo corazón al buen Marcial, y deplorando que no pueda casarse con Petri-lla para que los dos fueran felices y vivieran muchos años, mientras Justo, casado con Angelina, se mordia los codos de hambre; porque el público es un niño que se acuerda demasiado de los cuentos de hadas, que entretuvieron su niñez.

Las cosas, sin embargo, no suceden así en la vida real, que es algo diferente de la existencia ficticia sacada á luz por el célebre Perrault, el hábil ordenador de los relatos populares. En la vida la virtud triunfa... algunas veces; pero otras muchas, las más, es vencida, porque generalmente es harto débil para luchar contra el vicio. Así, el final del drama, es naturalísimo: es como debe ser. Dados los términos en que está planteado el problema, no podía tener otra solución y no la tiene.

Por eso el público, aunque sintiendo la desgracia, aplaude, aplaude con frenesí todas las noches, y dá á Leopoldo Cano la ejecutoria del talento.

Los laureles del triunfo no corresponden, sin embargo, á la infeliz seducida por Justo. Aunque la obra lleva por título su poético apodo; aunque despierta universales simpatías verla sola, abandonada, maltrecha, arrastrando por la escena su amor maternal, envuelto en girones de su honra; no es este el tipo por quien el pueblo se interesa. Hay en la obra otro que llega más rectamente al corazón de la multitud; encarnación del pueblo mismo, y una de las más hermosas creaciones del teatro moderno; ese tipo es Marcial.

No es puro ni tampoco quiere serlo: si alguien hubiese de tirar la primera piedra, no sería seguramente él que tantos y tan gruesos pecados tiene sobre la conciencia. Ha malgastado su fortuna, es calavera, inso-

lente, y, sin embargo, el pueblo le ama. ¿Por qué? Porque esos defectos son para él pecadillos veniales. Sobre todos ellos tiene grandes virtudes: respeto á la mujer, afecto al caído, compasión al que delinque cuando pone el amor por disculpa de su delito.

Es verdad que ha perdido su fortuna, pero es acahuete de generoso; es verdad que juega, pero no por vicio; es verdad que no manifiesta mucho amor á la familia, pero aquella familia no se merece otra cosa. A cambio de esto, considera á Petra tres veces sagrada,

por mujer, madre y mendiga,

la vé insultada y la defiende, y la defiende contra un *quindilla*; vé que la ley ampara al fuerte contra el débil, y atropellando por todo desconoce esa ley, y

él, Marcial primero,
proclama la ley marcial;

ama á su patria, y sin que interés egoísta le mueva á hacerlo, cruza los mares y vá á luchar por España, porque cuando vé la bandera roja y gualda,

siento frío por la espalda
y le late el corazón.

Si, tiene razón Cano; ese es Marcial, ese es nuestro pueblo, que aplaude al Tenorio aún en los momentos en que mata al Comendador y le roba la honra de su hija, porque se vé retratado en aquel tipo galanteador y aventurero, y que aplaudirá del mismo modo á Marcial, porque se vé también retratado en ese otro tipo noble, valiente y generoso.

Considerado desde este punto de vista, Marcial vivirá mucho tiempo, siempre aclamado y comprendido por el pueblo. Cuando él está en escena, todas las figuras quedan en la sombra, absolutamente todas. Por eso Cano, dando nueva prueba de su talento, no ha puesto juntos en escena á Petra y Marcial. Uno de los dos tenía que haber perdido algo con la proximidad. Así brillan mejor, separados, iluminando cada cual á su vez el antro oscuro de pasiones mezquinas, en las cuales se mueven como el armiño pasa por el lodo, sin mancharse.

Y vista *La Pasionaria*, podemos dar fin á nuestra revista teatral, porque los demás coliseos no presentan novedad ninguna. El Español, que este año ha hecho la magnífica campaña en pró de la literatura nacional que todo el mundo le auguró desde un principio, se prepara á poner en escena el arreglo de *L'Assommoir*, creyendo, sin duda, que el ayuntamiento de Madrid debe subvencionar un teatro, sólo con el objeto de que en él puedan representarse esos arreglos inverosímiles en que se llama á contribucion novelas y melodramas franceses; creencia que—dicho sea de paso—no supone una alta idea del Municipio madrileño. Novedades hace *Las mil y una noches*, aquella obra que se estrenó hace un año en Rivas, y que toda ella es un puro sueño de pesada y monótona. Un sueño es la base de su argumento, y como el sueño es como la risa, como el bostezo, contagioso, apenas se levanta el telon, ya no hay entre los espectadores otro sólo que no sienta deseos de dormir. Al final del primer acto, el que no se duerme debe consultar un médico porque es un síntoma de insomnio. La Comedia dispone una comedia de Pina, *La Duchá*; tiene en preparación otra de Palencia, *La Charra*. Apolo arrastra una vida lánguida entre el antiguo y nuevo repertorio, encomendándose continuamente á *San Franco de Sena*, abogado de la sociedad lírica de autores españoles.

Como se vé, el cuadro no es muy consolador, y los que juran y perjuran que el teatro no está en decadencia, veríanse muy apurados para demostrar su tesis, sino tuvieran á mano otros argumentos que los que la actual temporada proporciona.

Cuatro meses llevan abiertos los teatros, y de las pocas obras que han podido poner en escena, sólo una ha adquirido un éxito verdad, *La Pasionaria*, y otra un éxito apreciable, *San Franco*, que apenas si debía contarse entre las obras modernas, para no lastimar la susceptibilidad de Moreto. No es cosa de contar el *Demi-Monde*. Fuera de esto, ni signos de redención, ni árboles corpulentos, ni capitanes del siglo XVI, han podido dejar huella de su paso por el proscenio.

¡Obra y media... á flote en cuatro meses!.. No es mucho.

Y nada más ocurre por ahora, que digno sea de mencionarse.

Llega, pues, la hora de todos los revisteros que quieren rendir culto á la moda... de allende los Pirineos: el momento de escribir al fin de la crónica y delante de la firma esa *mot de la fin*, que pocas veces hace gracia y casi siempre tiene pretensiones de graciosa.

Yo, que cumplo en cuanto me es posible el precepto del sábio, y conociéndome, sé que maldita la gracia que tengo; ruego á mis lectores me dispensen de esa obligación penosa. Torturaria mi imaginación para buscar un chiste, y diría alguna vaciedad. Traducir á Calino tampoco me parece bien... Suprimámosla, pues... ¿Se me permite?... ¡Suprimidal..

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE

ANUNCIOS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

EL PROGRESO

SOLDADO, 1 DUPLICADO, PRINCIPAL

Se hace toda clase de impresiones.
Tarjetas, carteles, esquelas de defunción á precios ba-
ratísimos.

BANCO DE ESPAÑA.

Su situación en 31 de Diciembre de 1883.

ACTIVO.		PESETAS.
Efectivo.—Metálico.	25.151.597'68	58.742.812'77
Pastas de oro.	5.959.867'13	
Pastas de plata.	8.802.749'01	
Caja. Casa Moneda.—Pastas de plata.	9.336.683'95	
Efectos á cobrar hoy.	9.488.913	
Efectivo en las sucursales.	36.873.381'90	68.299.951'82
Efectivo en poder de comisionados de provin- cias y extranjero.	27.723.741'92	
Efectivo en poder de conductores.	3.702.825	
		127.042.764'59
Cartera de Madrid.	624.379.717'04	111.845.928'72
Cartera de las sucursales.		12.545.500
Deuda amortizable al 4 por 100 para cumplir el convenio de 10 de Diciembre de 1881.		7.394.361'42
Bienes inmuebles y otras propiedades.		
Tesoro público por pago de intereses de la Deuda perpetua al 4 por 100 desde 1.º de Octubre á 31 de Diciem- bre de 1883.		8.323.311'42
		891.731.583'19
PASIVO.		
Capital.	150.000.000	
Fondo de reserva.	15.000.000	
Billetes emitidos en Madrid.	61.032.750	
Billetes emitidos de circulación ge- neral.	209.321.075	350.763.200
Billetes emitidos en sucursales.	80.409.375	
Depósitos en efectivo en Madrid.	18.678.380'91	
Depósitos en efectivo en sucursales.	15.270.630'41	
Cuentas corrientes en Madrid.	84.001.321'24	
Cuentas corrientes en sucursales.	57.822.587'37	
Créditos concedidos sobre efectos públicos.	15.174.192'36	
Dividendos.	2.352.801'56	
Ganancias y pér- } Realizadas. 14.253.216'98		
idas. } No realizadas. 1.145.342'85		15.400.559'83
Intereses y amortización de billetes hipotecarios, obliga- ciones Banco y Tesoro, series interior y exterior, sobre la renta de Aduanas y bonos del Tesoro.		1.304.837'35
Amortización é intereses de la Deuda amortizable al 4 por 100.	9.892.100	
Valores convertibles en Deuda amortizable al 4 por 100.	13.654.805	
Facturas de intereses de la renta perpetua al 4 por 100.	432.983'36	
Reservas de contribuciones.	42.540.614'40	
Tesoro público, s/c por resultados de la conversión.	62.544.325'40	
Contrato de crédito en el extranjero de 28 de Mayo de 1883.	35.000.000	
Diversos.	1.898.222	
		891.731.583'19

Madrid 31 de Diciembre de 1883.—El Interventor general, Benito Far-
riña.—V.º B.º—El Gobernador, Juan Francisco Camacho.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de fin de Diciembre
último, ha acordado repartir la cantidad de 40 pesetas por acción, deducida
ya la contribución correspondiente, como complemento de los beneficios del
año próximo pasado.

En su consecuencia, desde el lunes 14 del corriente, de once de la
mañana, á tres de la tarde, y por el orden que se expresa á continuación,
pueden presentarse los señores accionistas en el Negociado de acciones de
la Secretaría con los respectivos extractos de inscripción á fin de percibir
en el acto el expresado dividendo.

Lunes 14.

Letras del registro del extracto B y M.

Martes 15.

Letras del registro del extracto G, N, y O.

Miércoles 16.

Letras del registro del extracto D, E, F, P, Q, y K.

Jueves 17.

Letras del registro del extracto G, y R.

Viernes 18.

Letras del registro del extracto H, I, J, S y las inalineables.

BANCO DE CASTILLA

La administración, en vista del resulta-
do del balance del año social que terminó
en 31 de Diciembre último, ha acordado que
el dividendo del ejercicio de 1883, sea de 10
por 100 sobre el capital desembolsado de las
acciones, ó sean 25 pesetas á cada una.

Y habiendo ya satisfecho á buena cuen-
ta, en Julio último, 15 pesetas por acción,
el resto de otras 10 pesetas á cada una se
pagará desde el día 14 del corriente, por la
caja de este Banco, en Madrid, de once á
dos de la tarde, todos los días no feriados, y
por los delegados del establecimiento en
provincias contra el cupon número 6 de las
acciones, presentado con facturas que se fa-
cilitarán gratis.

Madrid 2 de Enero de 1884.—Por acuer-
do de la administración, el secretario, Ri-
cardo Sepúlveda.



VAPORES CORREOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA (ANTES DE A. LOPEZ Y COMPAÑIA)

SERVICIO PARA PUERTO-RICO, HABANA Y

VERACRUZ, SERVICIO PARA VENEZUELA, COLOMBIA, Y PACÍFICO

Salidas: de Barcelona los días 5 y 25 de cada mes; de Málaga 7 y 27; de
Cádiz 10 y 30; de Santander el 20; y de la Coruña el 21.Los vapores que salen los días 5 de Barcelona y 10 de Cádiz admiten
carga y pasaje para LAS PALMAS (Gran Canaria) y VERACRUZ.Los que salen los días 25 de Barcelona y 30 de Cádiz, enlazando con
servicios antillanos de la misma Compañía Trasatlántica, en combinación
con el ferro-carril de Panamá y línea de vapores del Pacífico, toman pasaje
y carga á flete corrido para los siguientes puntos:LITORAL DE PUERTO-RICO.—San Juan de Puerto-Rico, Mayagüez y
Ponce.

LITORAL DE CUBA.—Santiago de Cuba, Gibara y Nuevitás.

AMERICA CENTRAL.—La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartage-
na, Colon y todos los principales puertos del Pacífico, como Punta Arenas,
San Juan del Sur, San José de Guatemala, Champerico y Salina Cruz.NORTE DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá
á California, como Acapulco, Manzanillo, Mazatlan y San Francisco de Ca-
lifornia.SUR DEL PACÍFICO.—Todos los puertos principales desde Panamá á
Valparaiso, como Buenaventura, Guayaquil, Payta, Callao, Arica, Iquique,
Caldera, Coquimbo y Valparaiso.Rebajas á familias.—Precios convencionales por aposentos de lujo.—Re-
bajas por pasaje de ida y vuelta.—Billetes de tercera clase para Habana,
Puerto-Rico y sus litorales, 35 duros.—De tercera preferente con más co-
modidades á pesos 50 para Puerto-Rico y 60 pesos á la Habana.SEGUROS.—La Compañía, por medio de sus agentes, facilita á los car-
gadores el asegurar las mercancías hasta su entrega en el punto de destino.
Darán detalles los Sres. Consignatarios de la Compañía.

En Madrid, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.

En Barcelona, los Sres. Ripoll.

En Santander, Sres. Angel B. Perez y Compañía.

En Cádiz, Delegación Trasatlántica, Isabel la Católica, 3.

Vino y Jarabe de Dusart

DE

LACTOFOSFATO DE CAL

Las experiencias de los más acreditados médicos del mundo
entero han demostrado que el lactofosfato de cal en el estado
soluble, tal como existe en el **Vino** y el **Jarabe de Dusart**,
es en todos los periodos de la vida, el **reconstituyente** por exce-
lencia del cuerpo humano.

En las **mujeres embarazadas** facilita el desarrollo del feto y
basta á menudo para evitar los vómitos y demás accidentes que
acompañan al embarazo. Si se le administra á las **nodrizas**,
enriquece su leche y ya no hay que temer para la criatura, ni
cólicos ni **diarreas**; la **dentición** se verifica fácilmente sin dolores
ni **convulsiones**. Más tarde, cuando el niño está **pálido**, **linfático**,
cuando sus carnes están **flojas**, y que se le presentan **glándulas**
al rededor del cuello, se encuentra en el lactofosfato de cal un
remedio que es siempre eficaz.

Su acción reparadora y reconstituyente no es ménos segura
en las **personas mayores** cuando están **anémicas** ó padecen de
malas digestiones, así como en las que están debilitadas por la
edad, el trabajo ó los excesos.

Su uso es de gran precio para los **tísicos** pues causa la **cica-
trización** de los **tubérculos** del pulmón y sostiene las fuerzas del
enfermo, favoreciendo su alimentación.

En resumen, el **Jarabe** y el **Vino de Dusart** estimulan el
apetito, establecen la **nutrición** de un modo completo y aseguran
la **formación regular** de los **huesos**, de los **músculos** y de la **sangre**.

Paris: Casa GRIMAULT y Cº, 8, Rue Vivienne

DEPÓSITO EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

DR. GONÍ

Especialista en las vías urina-
rias y matriz. Montera, 5. 2.º

**Gota cálica, relajaciones y
dolores nerviosos.** Los alivia en
el acto y cura el **Balsamo Dobar**,
14 rs. frasco.

Alcalá, 3; Mayor, 41; Atocha,
25 y 92, y principales farmacias.
Lo remite en 20 el Dr. Abad, Pa-
cífico, 13, Madrid, y por escrito

Partida doble, por Aznar: 13.ª edi-
ción, 12 y 14 rs.—*Prácticas mer-
cantiles* 2.ª edición, 8 y 10 reales.
Librería de Hernando, Madrid, Arenal,
11.

APARATOS ELÉCTRICOS

Especialidad en campanillas
eléctricas, teléfonos, electro-me-
dicinales y para-rayos. Material
para líneas telegráficas.

SIERRA, Lobo, 8 duplicado.

Extracto Compuesto DE ZARZAPARRILLA DEL Dr. Ayer,

PARA LA COMPLETA CURACION DE LA



Escrófula y de todas
las Enfermedades Escrófulosas.
ENVIGORIZA EL SISTEMA
Y
PURIFICA LA SANGRE.

Preparado por el Dr. J. C. AYER, Lowell, Mass., U.S.A.

Representante del Dr. Ayer.
—H. W. Cassels, Oporto.

De venta en las droguerías y
farmacias del reino, y en Madrid,
por los Sres. Hijos de Ulzurrun.
Imperial, 1.

LA FAMA

SALUSTIANO MARIÑO

I—CLAVEL—I

Depósito de Chocolates elabo-
rados á brazo, de 1,25 á 3 pesetas
les 460 gramos. Mantecados de
Astorga; salen del hornodiaria-
mente á las 12 y 6 de la tarde.

Cafés, tehes y pastas especia-
les de postres. Turrónes legítimos
Toledo y otros géneros.

VAJILLAS

Se acaba de recibir un gran
surtido de muy bonitos dibujos y
formas elegantes; copas para
agua, vino y licor; botellas, jue-
gos de café, lavabos, licoreras,
arrones y otros caprichos pro-
pios para regalo, todo á precios
muy baratos.

Espoz y Mina, 40, esquina á la
plaza del Angel.

MADRID:
Imprenta de EL PROGRESO, á cargo
de B. Lanchares
Soldado, 1, duplicado.